

**DIÓCESIS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

VIVIR LA EXPERIENCIA DE LA FE

**CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

CUARESMA – PASCUA, 2003

SUMARIO

INTRODUCCIÓN

I.- UNA EXPERIENCIA CRISTIANA EMPOBRECIDA Y AÑORADA

A) FENÓMENOS PREOCUPANTES

1. Una cultura marcada por «la ausencia de Dios»
2. Claves culturales para interpretar el eclipse de Dios
 - 2.1. La razón exaltada y reducida
 - 2.2. La libertad adorada y banalizada
 - 2.3. La mentalidad y sensibilidad predominantes
3. Claves sociales que debilitan la experiencia creyente
 - 3.1. El mal y la injusticia
 - 3.2. Las idolatrías actuales
4. Claves personales
5. Claves internas a la comunidad creyente

B) SIGNOS DE ESPERANZA

1. Itinerarios de conversión a la fe
2. Una insatisfacción que conduce a la búsqueda religiosa
3. Algunas corrientes religiosas de nuestro tiempo
4. La otra cara de la «ausencia de Dios»

5. Una manera «religiosa» de vivir valores humanos

II.- RASGOS GENERALES DE LA EXPERIENCIA CRISTIANA

1. La Presencia originaria de Dios
2. Dios toma la iniciativa
3. Tocados en el centro de nuestra persona
4. Un corazón nuevo para un hombre nuevo
 - 4.1. Una comprensión más viva del mensaje cristiano
 - 4.2. Confianza absoluta
 - 4.3. Fidelidad connatural
 - 4.4. Amor
 - 4.5. Alegría
5. A Dios le vemos siempre «de espaldas» y en penumbra
6. Experiencia de pecadores
7. Mar adentro

III.- LOS CARACTERES ESPECÍFICOS DE LA EXPERIENCIA CRISTIANA

1. Experiencia de la fe cristiana
2. Experiencia de Jesucristo
3. Experiencia en el Espíritu
4. Experiencia de Dios como Dios y como Padre
5. Experiencia vivida en la comunidad de la fe
6. Experiencia en medio del mundo
7. Jesucristo, «inicia y completa nuestra fe» (cfr. Hb 12,2)

IV.- LA EXPERIENCIA CRISTIANA COTIDIANA

1. Experiencia cristiana en la vida conyugal y familiar
2. La experiencia cristiana en el trabajo

3. La experiencia de la enfermedad y de la muerte
4. La experiencia del testimonio de la fe
5. La experiencia de la oración
6. Las deformaciones de la experiencia cristiana
 - 6.1. La propensión racionalista
 - 6.2. La reducción ética
 - 6.3. La exageración del sentimiento
 - 6.4. La intolerancia iluminista
 - 6.5. La pasividad quietista
 - 6.6. La afirmación voluntarista

V.- HACIA UNA EXPERIENCIA CRISTIANA RENOVADA

1. Una llamada para toda la Iglesia
2. Pautas generales del Concilio Vaticano II
3. Cómo cultivar la experiencia cristiana en creyentes motivados
 - 3.1. Valorándola en su integridad
 - 3.2. Aprendiendo y enseñando a orar
 - 3.3. Preparando y purificando el corazón
 - 3.4. La lectura de los grandes testigos
4. Cómo despertar a los cristianos de fe debilitada
 - 4.1. Dar nombre a determinadas experiencias de su vida
 - 4.2. Una pastoral en clave de iniciación
 - 4.3. La ruptura con formas de vida incoherentes con la fe
 - 4.4. El servicio a los excluidos
 - 4.5. Asumir y purificar la piedad popular
5. Cómo despertar esta experiencia en increyentes noblemente inquietos
 - 5.1. En el corazón de las experiencias humanas fundamentales
 - 5.2. El testimonio
 - 5.3. Querer que Dios exista

CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

«Convertios y creed en el Evangelio» (Mc 1,15). Estas palabras resuenan cada año en nuestros oídos mientras recibimos la ceniza en el umbral mismo de la Cuaresma. Resumen con precisión la gracia y la tarea de este tiempo fuerte del año litúrgico. Creer y convertirse son dos pasos del itinerario cristiano estrechamente ligados entre sí. No es posible la conversión sin fe. Sin ella se reduce a una mera reforma moral. No es posible convertirse en profundidad sin creer en profundidad.

La necesidad de la fe y la especial dificultad para suscitarla y cultivarla en nuestros días nos ha conducido a nosotros, vuestros obispos, a centrar frecuentemente nuestra mirada en este tema capital al dirigiros la llamada cuaresmal a la conversión. *Creer hoy en el Dios de Jesucristo* (1986), *Creer en tiempos de increencia* (1988), *Al servicio de una fe más viva* (1997), *Transmitir hoy la fe* (2001), son títulos reveladores del contenido de estos escritos.

Este año retiene especialmente nuestra atención uno de los aspectos imprescindibles de nuestra fe, necesitados de un mayor refuerzo: la experiencia cristiana. Ella hace que la creencia sea también vivencia. Al implicar más intensamente la mente, la voluntad y los sentimientos en la actitud creyente favorece el arraigo de la fe en la tierra del corazón humano. Si la experiencia no se aviva, la fe languidece. La misma pervivencia de la fe cristiana como fenómeno social relevante podría quedar comprometida si no fuera impregnada por la experiencia. «El hombre religioso de mañana será un místico, una persona que haya experimentado algo, o no podrá ser religioso, pues la religiosidad de mañana no será ya compartida como una convicción pública, unánime y obvia» (K. Rahner).

Alimentar la experiencia creyente en los cristianos motivados y comprometidos, en los practicantes habituales y eventuales y en aquellos que viven una fe debilitada constituye un propósito capital de esta Carta. Orientar y alentar a los responsables eclesiales encargados de esta tarea delicada es también un propósito fundamental de nuestro escrito. Invitar a los increyentes o indiferentes, sensibles a nobles inquietudes humanas, a aproximarse al mundo de la experiencia de la fe es, asimismo, un objetivo que no queremos en absoluto descuidar.

Para acercarnos a todos estos destinatarios, vamos a proceder por varios pasos consecutivos. En un primer momento, intentaremos describir algunos factores que, en nuestro tiempo y en nuestra tierra, dificultan la emergencia de la experiencia cristiana, al mismo tiempo que procuraremos identificar los sig-

nos indicadores de una búsqueda de la experiencia religiosa, que se deja notar también en diferentes fenómenos sociales. En un segundo momento, expondremos ampliamente en varios capítulos en qué consiste nuestra fe enriquecida por la experiencia y cuáles son los rasgos comunes y distintivos de la experiencia religiosa cristiana. En un capítulo final, diseñaremos las opciones pastorales que nuestras diócesis habrían de asumir y la pedagogía que habrían de seguir para suscitarla, enriquecerla y vigorizarla.

I.- UNA EXPERIENCIA CRISTIANA EMPOBRECIDA Y AÑORADA

A) FENÓMENOS PREOCUPANTES

1. Una cultura marcada por «la ausencia de Dios»

«El eclipse de Dios es el hecho característico de la hora en que vivimos» (M. Buber). La experiencia creyente de Dios se ha oscurecido y debilitado en gran medida, sobre todo en el continente europeo. Se han difuminado notablemente en nuestra sociedad las huellas de Dios que nuestros mayores percibían en su entorno. Dios no es rechazado por la gran mayoría de nuestros contemporáneos; pero es colocado «respetuosamente aparte». Parece haberse vuelto sensiblemente opaco un mundo natural que hablaba casi espontáneamente de Dios, a costa de un mundo «de segunda mano» que habla del hombre. Mucho más intensamente que criaturas de Dios, los hombres y mujeres de nuestro tiempo nos sentimos creadores. Nuestros intereses se centran más en las leyes de funcionamiento y en la utilidad práctica de las realidades de este mundo que en las preguntas por el Origen primero y el Sentido último de cuanto existe. Para muchos de nuestros conciudadanos «la experiencia predominante en el contexto religioso de nuestro tiempo es la de no haber tenido ninguna experiencia religiosa, de no haber sido afectados, ni mucho menos transformados, por algo que puede ser denominado Dios» (B. Welte).

La preocupante distancia entre la experiencia humana en su conjunto y la experiencia cristiana no es un fenómeno totalmente exterior a la comunidad creyente. En cierta medida, está pasando a la sangre de muchos cristianos. Es cierto que la fe de una notable minoría es viva, vigorosa, sentida. Se encuentran como en su casa en el mundo de la fe. Para ellos y ellas, es connatural ser creyentes, mostrarse como tales, comprometerse en nombre de su fe. Aunque no son ajenos a las tensiones entre su experiencia creyente y eclesial y el conjunto de su experiencia vital, no se sienten ni separados ni extraños en la atmósfera de la comunidad de la fe. Su experiencia familiar, profesional, social y lúdica se armonizan básicamente con su experiencia de fe.

Pero ésta no es la verdad completa. La fe de muchos cristianos, incluso practicantes, no acaba de prender en el conjunto de su experiencia vital. Su fe y bastantes criterios fundamentales que rigen su vida no acaban de estar básicamente reconciliados. El núcleo del mensaje cristiano (la Trinidad, la Encarnación, el Misterio Pascual) «les dice muy poco», aunque algunas de sus derivaciones importantes (p.e., el servicio a los necesitados) encuentren en ellos un eco notable. No sintonizan ordinariamente con las celebraciones litúrgicas de la comunidad. Su sensibilidad ética se encuentra bastante distanciada de los criterios morales de la comunidad cristiana. La oración personal habitual les resulta fatigosa y, en bastantes ocasiones, artificial. «Dios está lejos». Apenas perciben en su vida amorosa, laboral, cultural y social, huellas de su presencia. «Yo, ¿creo de verdad?», se preguntan a veces preocupados.

Y, sin embargo, «siguen». Algo que no es pura costumbre, ni resto de un pasado intensamente religioso, ni mera fidelidad a una tradición cristiana familiar les induce a afirmar con neta firmeza: «Soy cristiano». Ese «algo» es un tesoro precioso. Pero la experiencia cristiana de estos creyentes es pobre, y el porvenir de la misma, incierto.

2. Claves culturales para interpretar el eclipse de Dios

¿Cómo comprender este fenómeno creciente en Europa y relativamente nuevo en la historia del mundo, si Dios sigue siendo el mejor guardián y el mayor amigo del hombre de todos los tiempos? Analistas lúcidos identifican, sobre todo, las causas culturales, sociales, personales y eclesiales que explican este preocupante fenómeno.

2.1. La razón exaltada y reducida

Los tres últimos siglos de la historia de Occidente están marcados por una grandiosa valoración de la razón humana, demasiado subestimada en épocas anteriores. Con todo, ésta tiende a ser considerada como la única fuente de conocimiento, la gran solución de los problemas que aquejan a la humanidad. La tradición y la revelación, como fuentes de verdadero, conocimiento fueron primero infravaloradas y después descalificadas.

Paso a paso, esta razón exaltada ha ido reduciéndose de manera preocupante: las ciencias basadas en la experiencia y la técnica que las aplica a la solución de nuestras necesidades serían su único campo legítimo. «De lo que no se tiene experiencia es mejor no hablar» (L. Wittgenstein). Todo lo demás pertenece al mundo de los prejuicios irracionales o al de los sentimientos subjetivos.

Esta mentalidad ha ido trasvasándose de las minorías ilustradas a la muchedumbre de ciudadanos, que se inclinan a pensar y sentir así. Preguntar por el sentido de las cosas no sería científico ni razonable. «La pregunta por el sentido no tiene sentido» (J. Monod). Como la religión es, entre otras cosas, una respuesta a la pregunta por el sentido de la vida, no es extraño que quede culturalmente marginada.

Pero la experiencia colectiva de la humanidad va descubriendo con el tiempo que las ciencias y la técnica, que tantos problemas ha resuelto y tanto progreso ha acarreado, no resuelven, sino que a veces agravan, otros problemas importantes como, p.e., la distribución de la riqueza, las relaciones internacionales, la conservación de la naturaleza... En el panorama espiritual de nuestro tiempo va tomando cuerpo la inquietud: «nada de lo que existe tiene auténtico valor; nada merece la pena de verdad». Es el nihilismo. Las palabras del Vaticano II resultan acertadas y preocupantes: «Por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida» (*Gaudium et spes*, n. 36).

2.2. La libertad adorada y banalizada

El extraordinario descubrimiento de la libertad es otro de los grandes logros de los tiempos modernos. Éstos se caracterizan no sólo por el hecho de atreverse a pensar por cuenta propia superando todo dogmatismo, sino también por atreverse a ser libres, deshaciéndose de toda esclavitud. La libertad de los ciudadanos frente al poder de la autoridad, la libertad de los trabajadores frente a los empresarios, la libertad de los pueblos sojuzgados por otros pueblos, la libertad de la mujer, la libertad ante la religión impuesta, han supuesto pasos importantes (algunos todavía en parte pendientes) en el verdadero progreso humano.

Como todo lo humano, también el noble valor de la libertad lleva consigo sus propios demonios interiores. Adorada casi como un dios, la libertad se convierte demasiadas veces en un cultivo narcisista de la propia individualidad. En aras de una libertad así vivida, muchos ciudadanos se sienten liberados, o al menos aliviados, de la interpelación que la ética nos dirige a través de nuestra conciencia. Una libertad vivida como franquicia (patente) para satisfacer todos los deseos individuales debilita pronto los lazos de la solidaridad, generadora de cohesión y de sentimiento de mutua pertenencia en la familia, en los grupos sociales, en los pueblos. Una libertad así «liberada» se desentiende pronto de la responsabilidad ante los otros, ante la naturaleza, ante las futuras generaciones. Una libertad así practicada segrega en seguida nuevas esclavitudes que lo encadenan miserablemente. Pensamos en las adicciones tan patentes en nuestra sociedad de la abundancia. Una libertad de este signo adormece la sensibilidad humana y difumina también el vínculo saludable de dependencia de los seres humanos con el Dios de nuestra fe.

2.3. La mentalidad y sensibilidad predominantes

La razón exaltada y reducida, y la libertad adorada y banalizada han contribuido a la creación de un clima cultural de rasgos diferentes y, a la vez, convergentes. El utilitarismo, el pragmatismo, la «cultura de la satisfacción», la prisa crónica, la vida excesivamente programada, la esclavitud en torno a la realización del propio proyecto, son algunos de sus componentes más destacados.

La actitud utilitaria y pragmática que pregunta, casi exclusivamente, para qué sirven las cosas, o bien se desinteresa por Dios, su Origen y su Destino, o bien tiende a reducirlo a un lacayo a su servicio.

La *cultura de la satisfacción*, magistralmente descrita por Galbraight, acaba degradando la nobleza del deseo humano que tiende no sólo a ver satisfechas sus necesidades inmediatas (a veces artificiales), sino sobre todo a abrirse a grandes inquietudes humanas y religiosas y a buscar no tanto el goce cuanto el gozo que ellas prometen.

La prisa que se ha impuesto, sobre todo en las sociedades industriales, nos vuelve impacientes para contemplar la realidad y formularnos preguntas de calado como las que el viejo filósofo Kant expresaba admirablemente: «¿Qué es lo

que podemos saber? ¿Qué es lo que debemos hacer? ¿Qué nos cabe esperar? ¿Qué es el hombre?». La vida se convierte así en banal y superficial. En este contexto no tienen casi cabida la pregunta por Dios, su búsqueda y su contemplación.

La vida exhaustivamente programada y enfocada a la realización del proyecto que nos hemos forjado para nosotros mismos, nos incapacita para escuchar a nuestro propio corazón, para esperar a Dios, preguntarle cuál es su proyecto sobre nuestra existencia y dejarnos guiar por Él.

3. Claves sociales que debilitan la experiencia creyente

3.1. *El mal y la injusticia*

La existencia, la persistencia, la densidad del mal en todas sus formas ha interpelado siempre la fe en Dios. Cuando este mal reviste la forma de una grave injusticia y genera el sufrimiento de víctimas inocentes, se convierte en un escándalo que provoca la pregunta que, ante el niño crucificado en el patio del campo de concentración de Auschwitz, se hizo grito en la garganta de uno de los presidiarios: «¿Dónde está Dios?». El hambre en el mundo, el exterminio de pueblos enteros, el terrorismo que asesina e intimida, son terribles plagas que oscurecen la experiencia religiosa en las víctimas, en los testigos y en los actores. Las primeras experimentan una fría soledad y un total abandono. Los segundos se preguntan si «merece existir» un Dios que no remedia desgracias y sufrimientos de esta extensión y magnitud. Los terceros se tornan radicalmente incapaces, por la dureza de su corazón, de sentir auténticamente a Dios, puesto que «quien no ama no conoce a Dios, porque Dios es Amor» (1 Jn 4,8).

3.2. *Las idolatrías actuales*

Prolifera en nuestra sociedad un cúmulo de «religiones sin Dios» que fagocitan las condiciones para experimentar su presencia. Siempre que una realidad humana, por noble y valiosa que pueda ser, se convierte en un absoluto, se vuelve incompatible con el Dios Absoluto. El dinero, el poder, el placer, la patria, la misma familia pueden convertirse en absolutos socialmente reconocidos y desplazar al Único que de verdad es el Primer Valor. «Cuando los hombres erigimos absolutos acabamos crucificando al Absoluto» (J. I. González Faus).

4. Claves personales

El clima social es como una niebla baja que penetra hasta los huesos de muchas personas creyentes e increyentes. Pero el mal que encontramos en nosotros no es puro sedimento acumulado desde el exterior. La interacción entre individuos y sociedad es rigurosamente recíproca. El propio corazón humano, «capaz de lo mejor y lo peor» (*Gaudium et spes*, n. 10) está también enfermo.

Una de las condiciones que dificultan la experiencia cristiana de muchos es la superficialidad. El encuentro con el Dios de nuestra fe se realiza en las experiencias de nuestra vida cuando ésta tiene alguna profundidad. Si nos empeñamos en «profundizar en la superficie» viviremos en una frecuencia de onda que no sintonizará con la onda de Dios.

El activismo (e.d., el exceso de actividad acompañado de una carga notable de ansiedad obsesiva) ensordece también nuestros oídos para escuchar la llamada del Señor. Puede provenir de un exceso de responsabilidad que encubre con frecuencia una dificultad para la actitud confiada, tan importante para sintonizar con Dios. Puede revelar asimismo una huida interesada de nuestro propio interior, lugar eminente para un encuentro con Él. Impide la paz y el silencio interior, requeridos para que su presencia sea percibida y consentida.

El mimetismo social que nos conduce a acomodarnos a las expectativas que nuestro entorno alberga respecto a nosotros taponan asimismo los poros a través de los cuales podemos percibir la presencia de Dios. El ansia de ser reconocido socialmente y la escasa valoración de nosotros mismos nos predisponen a hacer nuestras las convicciones, las actitudes y los comportamientos socialmente aceptados. Hoy «Dios no está de moda». Quienes por encima de todo quieren estar a la moda tienen pocas posibilidades de colocarse al alcance de Dios.

En suma: toda idolatría del tener, toda fascinación del poder, toda servidumbre esclavizadora en torno a la utilidad o al disfrute, componen una «capa aislante» que nos insonoriza para percibir los signos de Dios, siempre presente y activo en nuestra vida.

5. Claves internas a la comunidad creyente

¿Tenemos los mismos creyentes alguna responsabilidad en el oscurecimiento de la experiencia religiosa en nuestro entorno? Una afirmación del Vaticano II nos inclina a responder afirmativamente: «En la génesis del ateísmo puede corresponder a los creyentes una parte no pequeña en cuanto que por descuido en la educación para la fe, por una exposición falsificada de la doctrina o también por los defectos de su educación religiosa, moral o social, puede decirse que han velado, más que revelado al verdadero rostro de Dios y de la religión» (*Gaudium et spes*, n. 19).

Son multitud los laicos ejemplares, los sacerdotes entregados, los religiosos y religiosas verdaderamente consagrados a Dios. Con todo, muchas de nuestras concretas comunidades creyentes nos parecen, en su conjunto, pobres en espiritualidad. Tal vez su fe haya realizado el esfuerzo necesario para ser más razonable. Pero parece haber perdido «alma». No se transparenta en ella la pasión por Dios, la firme adhesión afectiva y efectiva a Jesucristo, el fervor orante, el espíritu evangélico en su comportamiento moral, el vigor del testimonio de su fe. No se refleja en muchos de sus miembros la alegría de creer ni el gozo de pertenecer a la comunidad.

Encontramos también cierta debilidad religiosa en pastores y en comunidades religiosas. Tal vez la anemia espiritual de bastantes de nosotros sea uno de los problemas preocupantes del actual panorama eclesial. La penuria de maestros capaces de conducirnos por las vías del Espíritu resulta patente. Quizás nuestros mismos programas pastorales se resientan de un déficit de vigor que no puede ser suplido ni por una cuidada organización ni por un voluntarismo extenuante. Al igual que las técnicas más afinadas de la relación no son capaces de renovar el amor muerto o lánguido de una pareja, nuestra vida y testimonio cristianos no brotarán sino de un cultivo intenso y denodado de la espiritualidad. He aquí una de las gracias que hemos de pedir ardientemente y con la que hemos de colaborar abnegadamente.

Silencio espeso de Dios en esta hora de la historia. Interpelador y preocupante. Es «la noche oscura de nuestro tiempo» (Juan Pablo II). Queda retratada en estos versos del poeta: «Estamos sin noticias, / sin noticias de esperanza; / estamos sin noticias, / sin noticias de amor; / estamos sin noticias, / sin noticias de Dios» (R. Mogin).

B) SIGNOS DE ESPERANZA

1. Itinerarios de conversión a la fe

¿Puede la conciencia humana descartar a Dios de manera tan indolora y tan apática? ¿No aparecerá, siquiera por algunos resquicios, que el corazón del hombre no puede marginar a Dios de este modo? Si las condiciones actuales bloquean y reprimen en gran medida la emergencia del deseo de Dios y la experiencia de su presencia, ¿no podremos descubrir aquí y allí signos del «retorno de lo reprimido»?

Algunos estudios de grandes especialistas (A. Vergote, A. Hardy) revelan que no sólo una insignificante minoría, sino un porcentaje no desdeñable de personas alejadas de la fe no encuentran otra manera de formular lo que han vivido en determinados acontecimientos de su vida que esta confesión: «Dios existe; yo me he encontrado con él» (A. Frossard).

2. Una insatisfacción que conduce a la búsqueda religiosa

La pervivencia de la inquietud creyente parece revelarse también en un fenómeno que no es excepcional ni individual, sino social, aunque minoritario: un número creciente de personas que han crecido en ámbitos alejados de la fe y de la comunidad creyente, o al menos han vivido durante largos años en la lejanía, experimentan la insatisfacción de una vida sin perspectiva religiosa y piden ser acompañados en un proceso de iniciación a la fe. Diez mil adultos franceses recibieron el Bautismo en la última Noche Pascual tras haber recorrido un camino de introducción a la fe. Estamos asistiendo, probablemente, en la vida de muchas personas a los comienzos de un itinerario esperanzador.

3. Algunas corrientes religiosas de nuestro tiempo

Los sociólogos que, por los años 60, pronosticaban para un futuro no lejano la práctica desaparición de la religión como fenómeno social relevante, se han visto sorprendidos por un fenómeno inesperado, al que con mayor o menor precisión suele llamarse «despertar religioso», protagonizado por «los nuevos movimientos religiosos».

La proliferación de estos grupos es casi inabarcable. Su variedad es muy amplia. Escindidos de las grandes religiones, a las que consideran anquilosadas para responder a la sed religiosa del ser humano, se dirigen sobre todo a personas marginadas o incomunicadas y les ofrecen una salvación individual dentro de este mundo. Privilegian la experiencia religiosa subjetiva, subrayan mucho el valor de la comunidad afectiva y efectiva entre sus miembros y la conciencia de ser diferentes de la sociedad. Valoran excepcionalmente a sus líderes y muestran un extraordinario afán de atraer a nuevos adeptos. Su ardor expansivo les conduce con frecuencia a un proselitismo descarado. La vinculación a sus líderes delata con frecuencia una verdadera e insana dependencia de ellos. El fundamentalismo en torno a sus creencias los cierra a la autocrítica y al verdadero diálogo.

A pesar de sus carencias y ambigüedades, la extensión, el vigor y la persistencia de estos movimientos, lejos de revelar una descomposición de lo religioso, parece expresar una resistencia y una protesta ante un clima cultural y social empeñado en explicar, dominar y parcelar la realidad en vez de contemplarla como un todo, respetarla y preguntarse por su origen y su sentido. Constituirían un retorno de la inquietud religiosa reprimida en nuestra sociedad occidental. Revelarían la apertura básica e irreductible del ser humano a Algo o Alguien que le desborda. Mostrarían que aunque encorsetado por un cúmulo de condiciones desfavorables, el ser humano, es, indefectiblemente, un ser que busca a Dios porque Dios le busca a él.

4. La otra cara de la «ausencia de Dios»

Hace pensar el hecho de que algunos de los grandes signos que favorecen el oscurecimiento de Dios en muchos de nuestros contemporáneos propician en algunos otros un descubrimiento profundo de la fe en él o al menos un deseo de que exista Dios. Las atroces inhumanidades de nuestro tiempo han suscitado en algunos espíritus representativos de la sensibilidad contemporánea al menos la nostalgia de la existencia de un Dios garante de que los verdugos de la historia no prevalezcan sobre sus víctimas. La experiencia del sufrimiento en una enfermedad dura y sin salidas despierta en algunos increyentes un movimiento de confianza y esperanza en Alguien a quien entrevén a través de su dolorida situación existencial. La misma sensación, bastante extendida, de que «nada vale, nada merece la pena», suscita en determinadas personas la añoranza de Alguien que sea de verdad Valor Personal y garantice la consistencia y la perpetuidad de otros valores. Hace mucho tiempo que los estudios de Psicología de la Religión

vienen constatando con alguna sorpresa que ante un mismo acontecimiento vital que sacude a una persona, su reacción al no sentirse «ayudado» por Dios puede consistir en alejarse de la fe o en acercarse más a ella.

5. Una manera «religiosa» de vivir valores humanos

Muchas personas honestas y coherentes se adhieren a valores importantes (la vida humana, su dignidad, su libertad, la solidaridad, la igualdad), como a algo que tiene para ellos un halo de absoluto. Comprometen su vida con estos valores, promoviéndolos en mil formas de voluntariado. Tales valores no son simplemente objeto de una elección que puedan cancelar sin más. Ejercen sobre ellos una atracción, una interpelación. Constituyen un imperativo para su vida. Son llevados y desbordados por estos valores. Dependen de ellos y les guardan fidelidad. ¿No se barrunta, siquiera oscuramente, en el corazón de esta adhesión una analogía e incluso una proximidad de la adhesión creyente a Dios?

Al recoger estas huellas de la presencia de Dios, nos vienen a la mente las palabras de san Juan de la Cruz: «Señor, Dios mío: no eres tú extraño a quien no se extraña contigo. ¿Cómo dicen que te ausentas tú?».

II.- RASGOS GENERALES DE LA EXPERIENCIA CRISTIANA

En medio de todas las dificultades y oscuridades, Dios está aquí en nosotros, entre nosotros, en el mundo. «El hombre es un ser con un Misterio en su corazón, que es más grande que él mismo» (H. U. von Balthasar). Este misterio se ha dado a conocer a los humanos y ha originado, en culturas muy diversas, religiones diferentes que lo evocan de forma diferente y adoptan ante él actitudes diferentes. La actitud fundamental de la religión judía es la obediencia fiel a Yahvé. El islamismo subraya ante todo la sumisión incondicional a Alá. El hinduismo acentúa la entrega confiada a la divinidad. El budismo, la extinción del propio deseo ante lo Absoluto. El cristianismo se condensa en la adhesión a Jesucristo por la fe, la esperanza y el amor.

A pesar de sus grandes diferencias, la experiencia religiosa que encontramos en todas estas religiones ofrece un sorprendente parentesco de estructura. Con todo, los elementos de esta estructura toman cuerpo de manera distinta en cada una de las tradiciones religiosas. Nos proponemos ahora señalar cuáles son estos elementos generales y cómo se realizan en la experiencia cristiana.

Dejamos deliberadamente a un lado en esta Carta la aproximación a la forma más eminente y extraordinaria de la experiencia creyente: la experiencia estricta y rigurosamente mística, definida por santo Tomás como «conocimiento experimental y afectivo de Dios». Es un nivel de comunicación de Dios, alcanzado por algunos creyentes y altamente enriquecedor para toda la comunidad de fe.

1. La presencia originaria de Dios

El Dios que se nos revela en Jesucristo no sólo es el Centro de la experiencia cristiana; es también su Origen. Desde siempre y para siempre Él está presente en el mundo, en las personas, en la historia. «En Él vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17,27 ss.). Él está cerca. En cambio, no siempre los seres humanos le permitimos que se manifieste a nosotros y a través de nosotros. «Tú estabas cerca de mí, pero yo estaba lejos de ti; tú estabas dentro, era yo quien estaba fuera de mí mismo» (san Agustín). Pero los obstáculos que le oponemos no expulsan a Dios del mundo. Solamente dificultan que la presencia de Dios sea percibida por nosotros como una dimensión consciente, histórica, visible, transformadora de las personas y de la realidad.

La presencia de Dios en nosotros no es en absoluto estática ni apática. Como un mar cuyas olas acarician y azotan las playas y las rocas del litoral, Dios busca continuamente el encuentro con el ser humano, le llama constantemente, le quiere despertar del letargo en el que está sumido por sus resistencias interiores y las dificultades exteriores. Le ama y quiere revelarse a él. «El que me ama

será amado por mi Padre. También yo le amaré y me manifestaré a él» (cfr. Jn 14,21).

La experiencia religiosa consiste en reconocer, acoger y consentir a este Dios insistente a través de la fe en Él. Cuando se produce este encuentro, Dios se torna «real» para esta persona. Dios empieza a ser Dios en su vida.

2. Dios toma la iniciativa

Encontrarse con Dios puede parecer, a veces, desde fuera, el premio final a un esfuerzo humano. Conocemos personas que han pasado gran parte de su vida buscando lo absoluto y han acabado encontrando al Absoluto. Si examinamos la trayectoria de estas personas con una atención más cuidadosa vemos que la realidad es muy diferente. Como un pescador que deja «sedal largo» y tira suavemente hasta que comprueba que el pez está atrapado, Dios les ha seguido, les ha esperado, les ha acompañado discretamente en sus frustraciones y desvaríos hasta el momento en que les ha desvelado algo de su Rostro. «Nadie viene a mí si mi Padre no lo atrae» (Jn 6,65).

Los concilios eclesiales en torno a la gracia han subrayado siempre desde la antigüedad esta prioridad de Dios en la iniciativa de salvación. El proceso de la conversión comienza cuando *el pecador, movido y ayudado por la gracia divina* (Concilio de Trento) dirige su mirada hacia el Dios de Jesucristo. B. Pascal conocía por experiencia propia esta verdad cuando ponía en boca de Jesucristo esta expresión dirigida al creyente: «Tú no me buscarías si yo no te hubiese encontrado».

3. Tocados en el centro de nuestra persona

La manifestación de Dios nos afecta allí donde Él especialmente habita: en el centro de nuestra persona. Desconcertado, sobrecogido, encandilado y temeroso al mismo tiempo, este ser humano necesita tiempo para «aclararse» y poner muchas cosas en orden. Pero hay algo que no puede ni quiere diferir: reconoce a Dios que le llama y consiente gozosamente a Él. Se rinde. Como Zaqueo ante Jesús no repara en costos materiales y humanos para acogerle (cfr. Lc 19,1-9). Es lo más importante que le ha sucedido en su vida. Es el acontecimiento.

No queda todo ahí. Esta persona que ha vivido gravitando en torno a sus intereses y proyectos egocéntricos o, en el mejor de los casos, entregado a causas humanitarias, cambia de centro vital. Ya no es el astro rey. Ni siquiera lo son su familia, la sociedad, la justicia. Dios es el Centro. Él es el Primer Valor. Toda la constelación de valores que gobernaban su vida quedan alterados en función del Valor central descubierto. Algunos «ganan enteros», p. e., la oración y el servicio a los pobres. Otros, como la voluntad de acumular dinero o prestigio, lo pierden.

Podría parecer que un hombre así entregado, desbancado de su propio centro y orientado vitalmente con insospechada energía al Dios recién descubierto, es víctima de una fascinación que lo merma en su dignidad de sujeto autónomo y libre. No es así. Dios no empequeñece a sus hijos, antes bien, acrecienta su libertad purificándola. No suponen una regresión hacia ninguna forma fusional de relación que desdibuje su identidad. Del encuentro con el Dios de Jesucristo sale robustecida la persona, en su condición de sujeto de deseo, de libertad y de responsabilidad.

4. Un corazón nuevo para un hombre nuevo

Desde el centro de la persona en la que Dios habita, esta «marea divina» va alcanzando todas sus dimensiones, todos sus dinamismos. Nacen en él otros criterios, otros proyectos, otra sensibilidad. Surge un hombre nuevo (cfr. Ef 4,21-24). La Biblia expresa frecuentemente esta transformación, este cambio de la persona, con el cambio de nombre. Abrán es en adelante Abrahán; Jacob se llamará Israel; Simón es ya para siempre Pedro.

Cinco profundas actitudes anímicas caracterizan al hombre y a la mujer nuevos a los que Dios se ha manifestado.

4.1. Una comprensión más viva del mensaje cristiano

Cuando nuestra fe es agraciada con una profunda experiencia, los misterios cristianos «se ponen a hablar». Emerge en nosotros el *conocimiento interno de nuestro Señor Jesucristo* (san Ignacio de Loyola). A la manera como los buenos guías de los museos nos ayudan a descubrir en los lienzos tesoros de belleza que pasan inadvertidos a la mirada superficial y distraída, el Espíritu Santo se nos muestra como el Guía excepcional y único que nos inicia vitalmente en los misterios de nuestra fe. A su luz vamos comprendiendo mejor, paso a paso, la Encarnación, la Pasión, la Resurrección, la vida cristiana, la importancia de los pobres. Adquirimos *noticia amorosa de Dios* (san Juan de la Cruz). El mensaje cristiano que en tantos aspectos aparece seco e incluso extraño a veces a la mirada del mismo creyente, se aclimata, se arraiga en nuestro interior como algo familiar y connatural, sin perder nunca su carácter paradójico e interpelador.

4.2. Confianza absoluta

Desinstalados del lugar central que se habían asignado espontáneamente a sí mismos, persuadidos de que no disponen de su propia existencia, superada la doble tentación de desesperarse o de recuperar lo entregado, el hombre y la mujer visitados por Dios, vencida su nativa resistencia a «expropiarse», entregan de pies y manos su persona, su pasado, su presente, su futuro a Aquél que se les ha revelado como su única y suprema realización, es decir, como su única salvación. «En las manos que han sido taladradas; en las manos que sólo se han abierto para acoger y para bendecir; en esas manos por las que pasa un amor tan grande, es confortador entregar el espíritu», escribía pocos días antes de morir P. Teilhard de Chardin.

4.3. Fidelidad connatural

En la medida en que la fe cristiana se impregna de experiencia, la fidelidad requerida por aquella se torna algo connatural. La voluntad de Dios deja de sonar a frío imperativo categórico que es preciso cumplir por coherencia o por voluntarismo. Es acogida con espontaneidad del corazón. El creyente se siente identificado con el autor del Salmo 118: «Cuánto amo tu voluntad; serán mi delicia tus mandatos; a medianoche me levanto para darte gracias por tus justos mandamientos; más estimo yo los preceptos de tu boca que miles de monedas de oro y plata». A la manera de Jesús cuyo alimento consistió en cumplir la voluntad de su Padre (cfr. Jn 4,34), el creyente que ha llegado a hacer de su fe una sólida experiencia encuentra (por supuesto no sin resistencias ni vacilaciones ni debilidades) en la realización del proyecto de Dios sobre su vida el verdadero alimento: lo que motiva su actividad y lo que le sostiene en su ejercicio. «El acto más propio y verdaderamente humano es la aceptación libre de la voluntad de Dios» (M. García Morente).

4.4. Amor

La revelación del Dios de Jesús que el Espíritu actualiza en el creyente se condensa en la expresión de San Juan: «Dios es Amor». El creyente tocado por la experiencia cristiana percibe a Dios no sólo como realidad absolutamente consistente que fundamenta nuestra existencia y le confiere un sentido, sino ante todo como Amor desbordante que quiere encontrarnos para ofrecernos su salvación. «El hombre es la única criatura sobre la tierra a la que Dios ha amado por sí mismo» (*Gaudium et spes*, n. 24).

El amor de Dios es acogido por el creyente y, a la manera como el amor de los padres al hijo se torna, dentro de éste, en amor a los padres, por la acción del Espíritu el amor *de* Dios se vuelve en nosotros amor *a* Dios. Le amamos con el amor que Él ha derramado en nosotros. La experiencia de sabernos amados por Él origina en nosotros la experiencia de nuestro amor a Él. «Nosotros amamos porque Él nos amó primero» (1 Jn 4,19).

4.5. Alegría

El encuentro con Dios es para el hombre fuente de inmensa, inefable alegría. Ésta nace en el ser humano cuando están respondidas sus aspiraciones más profundas. Un corazón hecho para Dios descansa en Él como en su hogar, porque Dios es infinito y el hombre es ansia de infinito.

La falta de sentido, la falta de esperanza, la falta de amor nos roban la alegría. Quien encuentra al Señor resucitado halla sentido, tiene esperanza, ama y es amado. «Año de gracia de 1654. Lunes 23 de noviembre... Desde las 10,30 de la noche hasta las 12,30. Certeza. Certeza. Sentimiento. Alegría. Paz... Alegría, alegría, alegría, lágrimas de alegría», anota B. Pascal conmovida y cuidadosamente en su diario íntimo después de haber sido «visitado» por el Señor.

5. A Dios le vemos siempre «de espaldas» y en penumbra

No todo es alegría en el encuentro con Dios. La experiencia cristiana (en particular la de los místicos) nos revela la paradoja de que la alegría producida por la presencia de Dios se articula con el sufrimiento producido por su ausencia. Dios es «presencia y ausencia» al mismo tiempo. El mismo Jesús experimentó esta «ausencia» de Dios en forma de un silencio que se asemejaba a un abandono. Tal vez una experiencia similar resuena en las recientes palabras de un monje relativamente próximo a nosotros: «Vine al monasterio a buscar la Presencia de Dios y voy aprendiendo a soportar su ausencia». A este sufrimiento se agregan los sufrimientos purificadores que, a través de la vida, se nos infligen para apearnos de nuestro egocentrismo siempre renaciente.

Expresión y fruto de la fe, la experiencia cristiana tiene que ser necesariamente oscura. Desvela y vela al Dios que en ella entrevemos. Su presencia es «tan impalpable como innegable, tan invisible como inconfundible» (J. Martín Velasco). Es una presencia evocadora, alusiva, pero también elusiva. Un texto del Éxodo (33,18-23) expresa con vigoroso grafismo esta realidad: Moisés, el amigo de Yahvé, ardientemente deseoso de ver a Dios le pide: «Déjame, por favor, ver tu rostro». Él le contesta: «Yo haré pasar ante tu vista toda mi bondad y pronunciaré delante de ti mi nombre... Pero mi rostro no podrás verlo... Mira: tú te colocarás sobre la peña. Y al pasar mi gloria te pondré en una hendidura de la peña y te cubriré con mi mano hasta que Yo haya pasado. Luego apartaré mi mano para que me veas de espaldas; pero mi rostro no se puede ver».

El dolor y el sufrimiento inherente a la experiencia cristiana no son, en absoluto, una veleidad de Dios que tras haber atraído al creyente se sustrae a él. Es tal la riqueza, la belleza, la grandeza, la bondad de Dios que sólo puede ser «degustado» (entrevisto) por nosotros, pero nunca abarcado y menos poseído. Él es más íntimo que nuestra propia intimidad y, al mismo tiempo, más desbordante que toda nuestra capacidad de ver y comprender. «Pertenece a la naturaleza de la fe el ser un conocimiento imperfecto» (santo Tomás). El corazón humano quiere comprender mejor, amarle más y gozar más intensa y establemente de su presencia. Sentirse limitado en este anhelo es fuente de sufrimiento para quien, como decía san Benito, «busca de verdad a Dios». El sufrimiento por su ausencia es una forma oscura de presencia de Dios. Él se revela también en su ocultamiento (cfr. Is 45,15). Nos induce a disponer nuestro corazón purificándolo de los pequeños ídolos que lo cautivan. Si no sufrimos apenas por la ausencia de Dios, preguntémonos con qué determinación buscamos su presencia. Grandes creyentes han gemido en esta tiniebla. H. Bremond retrata toda su desolación interior en esta plegaria: «En mi noche, en mi frialdad, te grito, Señor, con toda mi alma, que me bastas. Voy a ti sin sentir nada, sin ver nada, pero voy... Señor, visítame en esta angustia. Todo me pesa... Si tú vinieses... Yo estoy aquí; tú estás ahí. ¡Lo sé! Lo sé con una fe muerta».

Esta fe desolada suele a veces pasar por la prueba de la duda, tan frecuente y característica en nuestro tiempo. La conciencia, sin perder la certeza como trasfondo, se ve sacudida por la vacilación en horas de crisis. Incluso los santos,

como Teresa de Lisieux, han conocido este fenómeno desconcertante y doloroso, descrito con expresiones desgarradoras: «Me parece que las tinieblas me dicen, burlándose de mí: sueña con la posesión eterna del Creador... Crees poder salir un día de las brumas... ¡Adelante! ¡Adelante! Gózate de la muerte que te dará no lo que tú esperas, sino una noche más profunda todavía: la noche de la nada».

6. Experiencia de pecadores

Bajo la luz tamizada de la experiencia creyente, todo se ve de distinta manera. También nuestras fragilidades, infidelidades y pecados. Así nos explicamos que los santos, que han vivido la experiencia cristiana en grado eminente, tengan una sincera y viva conciencia de pecadores, que puede parecer exagerada a quienes volamos más «a ras de tierra». No es exageración; es lucidez. No por ello se menosprecian ni se castigan a sí mismos con desmedidos sentimientos de culpabilidad. Únicamente perciben el contraste entre la realidad de Dios y lo que ella promete y postula y la incoherencia humana que se entrega con desmesura a otras realidades inmensamente menos consistentes y gratificadoras. Así como una cristalera, al parecer limpia, desvela, cuando el sol la ilumina en el atardecer, las manchas de polvo adheridas a ella, el corazón iluminado intensamente por Dios percibe en su comportamiento opacidades y resistencias que le hacen sufrir.

Pero los santos y todos los que se acercan a Dios experimentan en esos momentos no sólo esta incoherencia del corazón humano, sino mucho más vivamente el amor misericordioso de Dios, que envuelve también a los pecadores (cfr. Rm 5,8-10). En verdad, «*la fuerza (de Dios) se realiza en (nuestra) debilidad*» (2 Co 12,9).

7. Mar adentro

Internarse en la inmensidad de Dios a través de la fe iluminada por la experiencia, es un proceso inacabable. El encuentro con Dios es un camino, más que una meta. El deseo que Él ha sembrado en nosotros y nos constituye por dentro es ilimitado. Por esta doble razón «la presencia de Dios es una esperanza, no una realidad alcanzada plenamente. Es una búsqueda continua de la presencia en el seno de la comunión con Él» (J. Mouroux).

El deseo humano de encontrarse con Dios ha sido durante siglos uno de los temas mayores de la espiritualidad cristiana y un punto que ha merecido la atención de la teología. Las ciencias del hombre, por su lado, han profundizado en el análisis del deseo humano y han subrayado con insistencia, juntamente con su vinculación a la esperanza y al gozo, su carácter esencialmente insatisfecho, siempre sediento de algo mayor y mejor. En este mundo, el deseo humano «no tiene objeto adecuado» (A. Vergote) capaz de satisfacer sus expectativas. El hombre es un ser limitado con un deseo ilimitado. Los saberes humanos y la teología encuentran en este punto una relativa convergencia. La teología descu-

bre en esta condición del deseo humano la huella de la presencia de Dios en el corazón del hombre. También el deseo de Dios es un deseo necesariamente insatisfecho en nuestra vida creyente. Sólo Dios en la vida eterna calmará y colmará a este ser humano que, tras haberle buscado entre sombras, está llamado a saciarse plenamente, sin cansarse nunca, en la fuente inagotable de la Trinidad.

III.- LOS CARACTERES ESPECÍFICOS DE LA EXPERIENCIA CRISTIANA

Hemos abordado en el capítulo anterior los rasgos que asemejan la experiencia cristiana con la experiencia propia de otras religiones. Pero la experiencia cristiana tiene una singularidad muy acusada que es ineludible destacar. ¿Cuáles son sus caracteres distintivos y sus acentos principales?

1. Experiencia de la fe cristiana

La experiencia cristiana es un aspecto de la fe. No es sino la fe luminosa y encendida que se vuelve más personal, atrae a la mente, habla al corazón, acrecienta la adhesión de nuestra voluntad y va transformando nuestro comportamiento. Cuando la fe queda puntual o habitualmente impregnada de la experiencia, el creyente se vuelve a Dios y le dice: «Hasta ahora hablaba de ti de oídas; ahora te han visto mis ojos» (Jb 42,5). Al resplandor más o menos tenue o vivo de la experiencia se esclarecen muchas dimensiones capitales de nuestra fe.

No sólo la fe, sino también la esperanza y el amor son reavivadas por esta experiencia. Hablando con toda propiedad, tendríamos que decir que toda nuestra vida teologal es iluminada por ella. No podría ser de otro modo. La fe, la esperanza y el amor son en nosotros semilla sembrada por el Espíritu, llamada a desplegarse en esta vida y a transformarse y consumarse plenamente en la vida definitiva junto a Cristo. La vida eterna consiste en la experiencia gozosa y amorosa del Dios Trinitario. La semilla tiene que comportar germinalmente el fruto que de ella ha de brotar.

No existen, pues, dos caminos diferentes para encontrar al Dios revelado en Jesucristo: la fe y la experiencia. Sólo hay un camino: la fe. La experiencia cristiana es maduración de la fe.

2. Experiencia de Jesucristo

He aquí un rasgo central que distingue netamente nuestra experiencia de fe de otras experiencias religiosas. La primera experiencia cristiana se gesta en el círculo de los más estrechos seguidores de Jesús. La relación continua con aquel singular testigo de Dios les fascina y los va vinculando progresivamente a él. Paso a paso, en medio de interrogantes y vacilaciones, su vida va adquiriendo un nuevo sentido. Otros oyentes no pasan de admirar su doctrina y sus milagros. Ellos van comprendiendo que Dios mismo les ha salido al encuentro en la persona de Jesús, que se convierte en camino para acceder a Dios.

La pasión y muerte de su Maestro constituye para ellos un traumatismo desconcertante y demoleedor. La experiencia del reencuentro con el Señor resucitado que perdona su desfallecimiento, sana sus heridas y les confirma en la

misión confiada; la acción del Espíritu Santo en ellos; la meditación de las Escrituras leídas a la luz de la nueva experiencia; el recuerdo de los dichos y hechos de Jesús en su vida pública, les conducen a una confesión de fe que ha quedado plasmada en las palabras de Tomás: «Señor mío y Dios mío» (Jn 20,28) y que son, a la vez, fe renovada y conversión verdadera. Ser testigos de Aquél a quien han visto, oído y palpado (cfr. 1 Jn 1,1-2) llega a ser el eje de su vida ulterior.

«Porque me has visto, Tomás, has creído. Dichosos los que creen sin haber visto». Estas palabras de Jesús encuentran su complemento en otras pronunciadas por Pedro: «Todavía no le habéis visto, pero lo amáis. Sin verlo creéis en Él y os alegráis con un gozo inefable y radiante (1 Pe 1,8-9). Leídas superficialmente pudieran inducir la impresión de que la experiencia pascual de los Apóstoles suplantó su fe. No la substituye, sino que la potencia para que le descubran como el Viviente que actúa en ellos y a través de ellos. Tan real es la fe de los Apóstoles que se ven precisados a superar la tentación de la duda (Mt 28,17; Lc 24,38). Por muy intransferible que sea toda la riqueza de la experiencia pascual de los primeros testigos, nuestra situación no es, en lo esencial, tan diferente de la suya. La fe es siempre una percepción velada de una realidad invisible. A nosotros y a nuestros contemporáneos nos es posible el encuentro con el Señor resucitado «luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo» (Jn 1,9) con una condición: que acojamos la palabra de Jesús como Palabra de Dios.

3. Experiencia en el Espíritu

La fe de la primera generación cristiana y la nuestra es fruto del mismo Espíritu Santo. La experiencia cristiana que vivifica esta fe proviene igualmente de Él.

En efecto, es Él quien *actualiza* a Jesucristo entre nosotros. «Sin el Espíritu Santo, Cristo pertenece al pasado; el Evangelio es letra muerta; la Iglesia, mera organización; la misión, simple propaganda; el culto, una evocación mágica; la moral, una disciplina de esclavos» (Hazim). Los gestos y palabras de Jesús permanecen vivos en la historia por la acción de su Espíritu. Él hace que «Cristo, que se ha ido, venga ahora y siempre de un modo nuevo» (cfr. *Dei Verbum*, n. 8).

El Espíritu Santo hace que *interioricemos* la persona y el mensaje de Jesús. Él, que es «el Dios interior» nos capacita para que la revelación cristiana resuene dentro de nosotros y así nos apropiemos subjetivamente de sus riquezas. Él nos comunica la familiaridad con Dios y la sintonía vital con los valores del Reino. Hace que Dios sea realmente Dios para nosotros. Nos infunde la conciencia de ser hijos de Dios. «Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama “Abba”, es decir Padre» (Ga 4,6-7). Nos hace gustar y sentir la nobleza de nuestra vocación.

En la Trinidad el Padre refleja especialmente la trascendencia de Dios. El Hijo encarna su inserción en la historia. El Espíritu, su condición de ser interior a nosotros y al mundo. Si Dios fuera sólo trascendente, resultaría lejano. Si sólo estuviera históricamente presente, sería un modelo admirable y querido, pero no nos movería desde dentro a seguirlo. Porque Dios nos es también interior por su Espíritu, nos comunica una «nueva espontaneidad» para entregarnos al Padre, seguir al Hijo, servir a los hermanos, cuidar del mundo. El Espíritu Santo hace espontánea y connatural nuestra vida cristiana. «El poder salvador del Espíritu consiste en aclimatar a Dios en el espíritu humano y en divinizar a éste mediante la inmanencia divina» (A. Vergote).

Los cristianos hemos recibido del Señor resucitado un Espíritu personal y divino que constituye en nosotros sedimento activo y cantera inagotable de experiencia cristiana. Reclama de nosotros atención cuidadosa a sus inspiraciones, limpieza de corazón para registrarlas y generosidad para secundarlas.

4. Experiencia de Dios como Dios y como Padre

En Cristo, por la acción del Espíritu, nos encontramos con Dios Padre. En todas las religiones, la experiencia religiosa registra que el Misterio, el Absoluto, la Realidad suprema irrumpe en el ser humano. En las religiones proféticas esta Realidad es Persona: Dios. Tal es el caso de nuestra fe que, ayudada por la experiencia creyente, percibe, siente y vive a Dios como Alguien que está presente en el mundo, en nuestro tiempo, en nuestra vida personal y social. Como hemos indicado más arriba, esta presencia desborda al hombre, le marca, le interpela, le sitúa ante la gran elección de su vida: «perderse» o «dejarse salvar» (cfr. Mt 10,39).

Pero el Dios que Jesús nos ha revelado en sus palabras y en su vida es una Persona con rostro de Padre. No es simplemente el Absoluto. Es el Padre de Jesús y el Padre de todos los hermanos que acepten su condición filial. Es Aquél que, por puro amor, ha creado la familia humana para mostrarle su rostro en Jesús y conducirlo a la plenitud de su realización en la vida eterna. Es Aquél en cuyo rostro resplandece no sólo su inquebrantable fidelidad paternal, sino también su inagotable ternura y misericordia maternal. Es Aquél que nos confía con apremio la responsabilidad de nuestros hermanos y el especial cuidado de los más débiles. El Espíritu viene en nuestra ayuda para que le aceptemos como Padre y nos aceptemos como hermanos.

5. Experiencia vivida en la comunidad de la fe

La experiencia cristiana es personal y comunitaria. Es la persona quien es tocada e impregnada por esta presencia personal y paternal. Pero el creyente es miembro de una comunidad eclesial que le ofrece las claves de interpretación de lo que está viviendo. «Toda experiencia es una síntesis activa de presencia e interpretación» (P. Ricoeur). La nuestra es «una experiencia estructurada por los

grandes ejes de la fe cristiana» (J. M. Imízcoz). Una tentación de nuestro tiempo consiste en «creer sin pertenecer». La fe «por libre» o «a la carta» sintoniza con el individualismo exacerbado del tiempo presente. Pero sin la referencia eclesial el creyente se sentiría confuso y perdido. El cuadro de convicciones que le ofrece la revelación cristiana le ayuda a configurar su experiencia, a «darle forma» y a situarla dentro de la gran experiencia cristiana. Al igual que sin la comunidad de la fe, sin la Iglesia, la fe personal se va empobreciendo y convirtiéndose en algo así como los restos de un naufragio, la experiencia cristiana, que es como su floración, queda desdibujada, deshilachada y desnaturalizada sin el contraste con la experiencia de otros testigos de la comunidad y sin el «control de calidad» de sus responsables. La Iglesia es el lugar connatural para discernir y aquilatar la experiencia cristiana.

Pero la comunidad de fe es necesaria no sólo para discernir y contrastar. También lo es para disponer a los creyentes a recibir la gracia, siempre inmerecida de «comprender y gustar» cuanto se refiere al Señor. La escucha de la Palabra de Dios, la celebración litúrgica de la Eucaristía y de la Penitencia, los grupos eclesiales, los servicios apostólicos recibidos y el compromiso familiar y social asumidos desde la fe, sitúan a los cristianos a una temperatura adecuada para que el Espíritu pueda comunicarles la experiencia ordinaria o extraordinaria del Dios cristiano. Cuando esto sucede, podemos decir con Pablo: «Nada vale la pena si se compara con el conocimiento de Cristo Jesús mi Señor, por quien he perdido todas las cosas... con tal de ganar a Cristo... De este modo conoceré a Cristo, experimentaré el poder de su resurrección y compartiré sus padecimientos... No pretendo haber alcanzado la meta... pero me esfuerzo por conquistarla, por cuanto que yo mismo he sido conquistado por Cristo Jesús» (Flp 3,7-12).

La comunidad cristiana es, en fin, no sólo criterio y cantera, sino también destinatario de nuestra experiencia cristiana, pues su misión de ser signo y testigo ante el mundo se realiza más plenamente cuando está avalada por «una nube de testigos» (Hb 12,1) que la hacen más creíble a los ojos del mundo.

6. Experiencia en medio del mundo

«Dios sólo se expresa en lo humano. Pero es Dios quien se expresa. El creyente es aquél que sabe leer esta expresión» (M. Gelabert). La experiencia cristiana no requiere una incomunicación con el mundo, sino, en una medida u otra, una relación con él. No es necesario ni saludable ni posible retirarse del todo del mundo. Las realidades que en él encontramos (la naturaleza, las relaciones humanas, la ciencia, los gestos de amor, la familia, la concreta comunidad de fe, la búsqueda de la justicia), son el lugar en el que trasparece, siempre a media luz, la presencia de Dios. Son «sacramentos» que revelan, sin desvelarlo, que Dios vive entre nosotros. Evocan su presencia, provocan a nuestra fe para que los descubramos como tales, nos convocan a este saludable descubrimiento. El drama de muchos increyentes y creyentes consiste en que estos signos se les han vuelto opacos por las condiciones culturales de nuestro tiempo y por las reticencias de nuestro propio corazón, que se alimentan mutuamente. Convertir

este círculo vicioso en círculo virtuoso, creando, siquiera a niveles modestos, una «complicidad» entre condiciones exteriores favorables y actitudes interiores abiertas, es crear un clima propicio para que salte la chispa de la experiencia cristiana.

7. Jesucristo, «inicia y completa nuestra fe» (cfr. Hb 12,2)

La experiencia de Jesús de Nazaret es absolutamente única. Su condición de Hijo de Dios, igual al Padre, repercute en la conciencia humana de Jesús en forma de una vivísima, agradecida y confortadora conciencia filial que se expresa gráficamente en la palabra que Él utilizó para dirigirse a Yahvé: «Abbá!» (Padre). He aquí la palabra más densa de todo el Nuevo Testamento, pues en ella se nos deja entrever el misterio último de Jesús.

Guiada por el Espíritu que le llena (cfr. Lc 4,1) la experiencia filial de Jesús va creciendo en intensidad y luminosidad a medida que se va profundizando su experiencia humana del Padre a través de la escucha de la Ley y los Profetas, de la interpretación de los acontecimientos de su propia vida y de la de su pueblo. Se va desplegando su confianza absoluta y su obediencia filial. Se expresa de manera inefable en su oración (Mc 1,35; Lc 6,12; etc.).

Para que Jesús pudiera ser «el Primogénito entre muchos hermanos» (Rm 8,29), conoció también el ocultamiento y el silencio total de Dios Padre en la pasión y en la cruz. La soledad del Crucificado «abandonado» (Mc 15,34) pertenece al misterio mismo de Dios. Este eclipse misterioso de su experiencia de Dios Padre es la máxima prueba y el mayor sufrimiento de Jesús. La experiencia filial es el soporte de su vivir y el motivo de su misión. Sin ella Jesús se siente desvalido y abatido hasta el extremo. Por amor a sus hijos, Dios ha querido que su Hijo bajara a los sótanos más recónditos de la condición humana, sometida a la oscuridad y tentada de desesperación.

Si Mateo y Marcos nos revelan en toda su crudeza este «abandono» de Jesús, Juan nos presenta al Señor en la cruz como Juez e Hijo en plenitud, y su pasión como una entrega libre y amorosa. Estas dos perspectivas se articulan en la comprensión cristiana y encierran enseñanzas sobre nuestra vida creyente.

De la conciencia filial de Jesús nace su pasión por el Reino de Dios (cfr. Mt 4,17). Sobre todo a partir de su bautismo, anunciar el Reino de Dios, desvelar los signos de su presencia creciente y cultivar sus valores entre los discípulos se torna para Jesús una misión que llena su vida. Una convicción es clave y capital para entender el sentido del Reino predicado por Jesús: Dios, su Padre es también Padre de todos. La experiencia medular de Jesús no es sólo filial; es también fraternal. Anunciar y realizar nuestra fraternidad desde Dios Padre es el nervio de la sensibilidad y la actividad de Jesús. Y puesto que esta fraternidad está manchada y profanada por la injusta desigualdad, la fría indiferencia y la ciega exclusión de muchos hermanos, restaurarla constituirá en su ministerio una verdadera opción que centra su vida.

La experiencia de la condición filial y fraternal de Jesús y de su misión al servicio del Reino de Dios constituyen el paradigma supremo e inalcanzable, pero iluminador y estimulador, de toda auténtica experiencia cristiana, que tiene y tendrá siempre *forma cristológica* (H. U. von Balthasar). Dejarnos transformar individual y comunitariamente por esta experiencia y sentir la urgencia de comunicarla y de transmitirla pertenece al «código genético» de la fe cristiana.

IV.- LA EXPERIENCIA CRISTIANA COTIDIANA

Muchos creyentes se sentirán parcialmente retratados en algunos puntos de nuestra descripción de la experiencia cristiana (cap. II y III). Pero serán tal vez más numerosos quienes, con alguna preocupación, pensarán que la suya es una experiencia más pobre y más elemental. Algunos llegarán a concluir que viven una fe sin experiencia o a dudar de la autenticidad de su misma fe.

Existe en una inmensa muchedumbre de cristianos una experiencia más modesta, más general, más ordinaria y más cotidiana, pero no menos auténtica que la descrita en los capítulos anteriores, aunque sí necesitada de un cultivo esmerado. Ha sido evocada por el teólogo K. Rahner en un texto memorable. Transcribámoslo:

«De forma no explícita, el hombre hace la experiencia de Dios y acepta a Dios como condición de posibilidad de algunas actitudes humanas fundamentales. Una de ellas consiste en *esperar* de manera incondicional cuando, desde el punto de vista de la experiencia, la situación es desesperada. Otra se hace palpable allí donde la alegría se vive como promesa de una *alegría* ilimitada. Otra se materializa en una *fidelidad* y una *entrega total*, a pesar de que la fragilidad de su pareja no garantiza en absoluto una correspondencia igualmente incondicional. También toma cuerpo cuando la *obligación ética* se vive con total coherencia, aunque aparentemente tal coherencia nos lleve a la ruina. Igualmente se hace visible allí donde el hombre experimenta y capta incondicionalmente el *carácter inexorable de la verdad*. Se verifica, asimismo, allí donde el ser humano logra sobrellevar la invencible divergencia entre la condición individual y social esperando firmemente –aunque en apariencia tal esperanza no tenga fundamento– en un *sentido y bienaventuranza finales* que reconcilien las dos dimensiones».

1. Experiencia cristiana en la vida conyugal y familiar

Todas las áreas de la existencia de los creyentes son espacio vital abierto a una experiencia humilde, pero real, «con Dios al fondo». Una de ellas es la experiencia conyugal y familiar.

En toda experiencia amorosa subyace, de modo más o menos explícito, la persuasión de que hay en ella algo inefable que desborda el intercambio amoroso de los cónyuges. Más profundamente que creadores de este amor mutuo se sienten sus receptores agraciados. Los esposos sienten más o menos oscuramente que, así como los ríos que se unen en el valle tienen su origen fontal en los nevados de las altas montañas, un Amor más grande está en el origen de su mutuo amor. A una pareja creyente no le cuesta aceptar, sentir y agradecer esta convicción.

La experiencia de la paternidad y maternidad es probablemente todavía más evocadora. Cuando una pareja contempla en la cuna al hijo de su amor, no expresa lo que siente en forma de orgullo por haber «producido» aquella mara-

villa, sino que con admiración sobrecogida se pregunta: «¿De nosotros puede provenir este tesoro?». Estas parejas por lo general, no dicen «hemos hecho un niño», sino «hemos *tenido* (recibido) un niño». Incluso cuando su fe está adormecida, sintonizan con aquél que les anuncia que ese ser al que adoran es un don de Dios y les invita a darle gracias. Y si no son en absoluto creyentes, podrían tal vez aplicárseles aquellas palabras de Chesterton: «Para el increyente, el peor momento es aquél en que siente que debe agradecer, y no sabe a quién».

2. La experiencia cristiana en el trabajo

No podemos idealizar, sin más, un trabajo que para muchísimos resulta una pesada carga que se soporta por motivos exteriores al mismo trabajo: la subsistencia, la familia, la promoción personal, el sentido del deber. Pero tampoco debemos olvidar que muchos otros se identifican básicamente con su trabajo y, mediante él, se sienten útiles y productivos. El gusto por la actividad y el espíritu de servicio anidan, al menos germinal o potencialmente, en ellos.

En la realización diaria de su trabajo, una persona creyente, debidamente motivada, puede saber y sentir que su actividad expresa y prolonga la actividad creadora de Dios y es sostenida continuamente por ella. En su diaria ocupación puede, pues, sintonizar con el himno litúrgico: «Quien diga que Dios ha muerto / que salga a la luz y vea / si el mundo es o no tarea / de un Dios que sigue despierto. / Ya no es su sitio el desierto / ni en la montaña se esconde; / decid, si preguntan dónde, / que Dios está –sin mortaja– / en donde un hombre trabaja / y un corazón le responde». Sentirse colaborador de Dios en la construcción del mundo y procurar activamente que éste se despliegue y desarrolle según las pautas del Creador puede llegar a ser para un creyente una experiencia connatural y dignificadora.

El creyente puede experimentar también que los sudores, sacrificios y contratiempos laborales actualizan la redención del Señor y sintonizar, por ello, con las palabras de Pablo: «Voy completando en mi existencia mortal los sufrimientos de Cristo a favor de su Cuerpo que es la Iglesia» (Col 1,24). La dureza del trabajo encuentra así un sentido que lo ennoblece.

Una fe viva puede y debe ayudar al trabajador cristiano a sentir que, a través de su trabajo, Dios remedia en el mundo muchas necesidades humanas. Puede sentir la dicha de verse asociado a la providencia del Señor que cuida de su familia humana y sentirse urgido por Dios para que los frutos de este trabajo lleguen, por su generosidad, a muchos miembros de la humanidad desprovistos de los bienes más elementales.

3. La experiencia de la enfermedad y de la muerte

La enfermedad es una experiencia traumática, particularmente en un mundo que adora la salud y vive una existencia trepidante. Es un parón que

cuando se prolonga desconcierta primero, suscita rebeldía después, hace pensar más tarde, va cambiando nuestra manera de ver y valorar muchas realidades. El enfermo toma conciencia dolorida no sólo de su dependencia de otras personas, sino de la fragilidad de la vida.

Aunque es cierto que su misma situación apretada estimula en él la atención exagerada a las variaciones de su cuerpo, en el contexto de la enfermedad surgen en él muchas preguntas: «¿por qué esto a mí?, ¿me curaré?, ¿qué será de mí, de mi familia, de mis proyectos?, ¿vivir es esto?, ¿qué sentido tiene la vida?». En la enfermedad hay un ser que piensa mucho.

Estas preguntas cargadas de ansiedad pueden, al menos de momento, cegar las vías de una experiencia religiosa. Pero con frecuencia el creyente, tras una época de crisis, comprende vitalmente algo ya muy próximo a dicha experiencia: no somos el fundamento de nuestra propia subsistencia. La enfermedad deja al desnudo su contingencia humana. A partir de aquí, la fe le ofrece recursos para un encuentro marcado por una confianza y una entrega que, en su circunstancia, son verdadera experiencia creyente.

Tarde o temprano, la enfermedad nos lleva al umbral de la muerte. Por mucho que quieran banalizarla convirtiéndola en un simple hecho de la naturaleza, ahí está con toda su desafiante seriedad y densidad. El ser humano sabe que el tener que morir le impide «instalarse plácidamente en la finitud» (E. Tierno Galván). «La verdadera cuestión es saber qué habrá de ser de mi conciencia, de la tuya..., de la de todos, después de que cada uno de nosotros se muera» (M. de Unamuno). Ante la enfermedad y la muerte próxima cobran especial relieve los interrogantes formulados por el Concilio Vaticano II: «¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte que, a pesar de tantos progresos, continúan subsistiendo? ¿Para qué aquellas victorias logradas a un precio tan alto? ... ¿Qué hay después de esta vida terrena?» (*Gaudium et spes*, n. 10).

La debilidad máxima del enfermo, la sedación intensa, el discreto disimulo de los familiares, la evidencia socialmente bastante compartida de que la muerte es el final de todo..., pueden desdibujar en ocasiones el momento existencial de la muerte. Pero siempre queda un espacio para que la muerte presentida sea una muerte aceptada. El creyente, debidamente acompañado por la Iglesia, encuentra en su fe motivos y estímulos para esta aceptación que, precisamente por la circunstancia extrema en que se encuentra, constituye una verdadera experiencia. Entrega confiadamente a Dios su vida y espera de su amor la vida plena sin fin. Dice, como Jesús: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46).

4. La experiencia del testimonio de la fe

Transmitir la fe no es simplemente algo postulado por la coherencia con la propia condición creyente. Es una tarea que activa y vivifica nuestra propia fe

enriqueciéndola con la experiencia. «La fe se fortalece dándola» (Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, n. 2). Se arraiga más profundamente en el transmisor que, de este modo, se identifica más enteramente con ella. La experiencia de una multitud de catequistas y monitores así lo atestiguan. Una de las virtualidades más esperanzadoras de la catequesis familiar consiste precisamente en que bastantes padres y madres que habían vivido su fe de manera distraída e incluso dubitativa, la sienten y la personalizan en el trance de transmitírsela a sus hijos. En dicha transmisión viven, a su manera, una experiencia de fe.

El testimonio de la fe se extiende también al campo del ejercicio de la caridad. Creyentes que a veces no se sienten tan firmes o tan preparados para transmitir directamente a otros la fe y se enrolan en actividades de servicio a los necesitados (p. e., a través de Cáritas), experimentan no meramente la alegría de ser útiles, sino la sensación más o menos clara de que, en ese servicio, Otro se hace presente fortaleciendo sus motivos; sosteniéndoles en sus dificultades; dándoles a comprender mejor que Dios es Amor que tiene «debilidad por los débiles»; haciéndoles entender que ellos son «manos de Dios».

5. La experiencia de la oración

Pensar que la oración es el lugar único de la experiencia creyente revelaría un espiritualismo peligroso, incompatible con la religión del Verbo encarnado. Pero negar que es un espacio privilegiado y necesario para que nuestra fe tenga el brillo y el temple de lo vivido, equivaldría a caer en un error funesto. Las ciencias de la Religión afirman sin vacilar el papel central de la oración en la experiencia religiosa. «La religión ora, así como el pensamiento piensa» (Novalis). La Escritura reconoce, por supuesto, un lugar central a esta noble actividad de nuestra fe (cfr. Lc 11,1-4). «La oración es a la fe lo que la respiración es a la vida» (R. Guardini).

En la oración se afina el deseo de Dios. En ella reconocemos que sólo Dios es Dios. En ella experimentamos que no somos nosotros, sino Él, la fuente de nuestra salvación propia y ajena. En ella discernimos nuestra vida y desenmascaramos los ídolos que le hacen la competencia a Dios en nuestro corazón. En ella el Maestro interior nos comunica el sabor de Dios, la sintonía con el mensaje cristiano, la afinidad por los valores del Reino. La oración, en suma, transfigura nuestra fe haciendo reverberar en ella la experiencia. Todos los orantes han vivido en su oración momentos intensos y profundos de su experiencia creyente.

6. Las deformaciones de la experiencia cristiana

Incluso lo más sublime, cuando toma cuerpo en el ser humano, suele con frecuencia padecer deformaciones. Generalmente acentúan una dimensión importante de la fe. Pero al subrayarla en exceso pueden contaminar el conjunto de su experiencia creyente. Existe, pues también una «patología» de la experiencia religiosa. Tomar conciencia de estas deformaciones y adulteraciones nos

ayudará a ponernos al abrigo de ellas y a conocer mejor, por contraste, la auténtica experiencia cristiana.

6.1. *La propensión racionalista*

La razón es sumamente valorada en nuestra cultura que tiende a no aceptar sino aquella que sea estrictamente racional y comprobable, y se erige no solamente en elemento crítico, sino en juez riguroso de todas las creencias. Esta sensibilidad afecta incluso a los creyentes. Influidos por ella, tendemos a subrayar una exposición racional de nuestra fe preocupándonos justamente por la precisión y la presentación razonable de sus contenidos y minusvalorando otros aspectos más vivenciales, pero también substanciales, de la actitud creyente. La consecuencia de esta propensión unilateral es cierto empobrecimiento de la dimensión afectiva de nuestra fe y, en consecuencia, de su capacidad movilizadora.

6.2. *La reducción ética*

Un comportamiento moral coherente es una consecuencia necesaria e inmediata de la fe cristiana. Esta no nos permite evadirnos del compromiso ético en aras de un intimismo religioso desencarnado. Pero tampoco nos autoriza a convertir el compromiso ético en el núcleo central de nuestra fe. Deseosos de construir un mundo según el proyecto del Evangelio y de mostrar a una sociedad distante de la religión la eficacia transformadora de la fe cristiana, muchos cristianos sentimos la tentación de desplazar hacia el comportamiento moral (sobre todo, en el terreno social) el centro de nuestra actitud creyente. Una vida creyente así descompensada desdibuja el carácter más originario de la fe, que es, en su misma entraña, respuesta a un Dios que se nos ha comunicado gratuitamente en Jesucristo. Margina la experiencia de la fe como algo menos relevante. Desprovisto del riego de la experiencia creyente, el compromiso moral se convierte fácilmente en el duro cumplimiento de un puro deber fatigante y tentado de desistir de los empeños contraídos. La verdadera experiencia creyente confiere estabilidad y constancia a nuestro compromiso moral.

6.3. *La exageración del sentimiento*

Al abarcar a toda la persona, la experiencia cristiana conmueve también nuestra afectividad. Los sentimientos de alegría, de respeto reverencial, de entusiasmo, de admiración, son un componente importante. Pero no son su médula: la conciencia viva y cálida de la presencia del Dios de Jesucristo en nuestra vida.

Ya F. E. Schleiermacher definía en el siglo XIX la religión como «sentimiento de dependencia del Absoluto». También nuestra época, al tiempo que es consciente de los espejismos de la afectividad, es proclive con alguna frecuencia a hacer consistir la experiencia creyente en un conjunto de sentimientos peculiares. Algunos movimientos eclesiales no se sustraen del todo a esta tentación. Pueden exagerar la importancia de los registros afectivos y provocarlos abusi-

vamente. En más de una ocasión puede difuminarse así la neta y tajante distinción entre «la experiencia afectiva de Dios» y «el Dios de la experiencia afectiva». Dios es Dios. No puede reducirse a una experiencia afectiva necesariamente subjetiva. Está siempre más allá de nuestros sentimientos.

Los movimientos eclesiales que subrayan lo afectivo nos recuerdan, sin embargo, saludablemente que Dios es fuente de alegría y nos tornan más sensibles a la acción de su Espíritu. Pero el entusiasmo no se confunde con Dios ni tiene siempre patente de normalidad psicológica.

6.4. *La intolerancia iluminista*

La presencia de Dios en el hombre y en su vida, precisamente porque toca «al alma en su más profundo centro» (san Juan de la Cruz), es una presencia fuerte. Algunas corrientes religiosas, determinados temperamentos y ciertos talentos colectivos pueden, en el límite, desnaturalizar la experiencia religiosa y conducir a sus adeptos a tratar de imponer su fe de manera pertinaz e incluso violenta.

Los fundamentalismos religiosos existentes se deslizan bastante fácilmente por esta pendiente. En sus versiones más intransigentes, se caracterizan por separar drásticamente el área de la fe y el área de la razón y por rechazar tajantemente toda autocritica a sus propias formulaciones doctrinales o morales. Su intransigencia para con otras actitudes ante la fe nace de estos presupuestos.

En versiones más suaves, podemos encontrarnos también en la comunidad cristiana con personas y grupos que no distinguen adecuadamente el testimonio de la fe y el proselitismo. Podemos encontrarnos con personas que dentro de su grupo padecen presiones que lleguen a forzar umbrales de pudor e incluso de conciencia que no es lícito traspasar. «Respetaréis la libertad de los hombres porque Dios mismo la respeta» (Juan XXIII).

Con todo, estos grupos nos recuerdan que la propuesta de la fe no es una mera presentación formulada «por si interesa al interlocutor». Lleva en sí el carácter interpelador de la llamada de Dios (cfr. Mt 19,16-26). No puede, por tanto, ser pusilánime ni acomplejada. Es una propuesta que reclama una respuesta decisiva. El temor a parecer proselitistas o a crear tensión y rechazo puede revestirse demasiado fácilmente de razones válidas como el respeto a la intimidad y a la libertad y dispensarnos de un ofrecimiento valiente y de una invitación decidida a la fe, al compromiso, al ministerio presbiteral o a la vida religiosa.

6.5. *La pasividad quietista*

El hombre y la mujer creyentes «no producen» la experiencia cristiana: la reciben. La actitud receptiva es vital. Pero la historia secular de la Iglesia nos enseña que esta ley de la experiencia creyente puede también malentenderse. Recibir a Dios no nos dispensa del ejercicio de las virtudes activas (la serviciali-

dad, la fortaleza, la constancia) en aras de la entrega a un Amor. No sólo hemos de recibir. Hemos de disponernos a ello previamente, purificando nuestras motivaciones y ateniéndonos fielmente a la voluntad del Señor. Esta disposición está reclamando ascética, sobriedad, dominio de sí. El quietismo es una desafortunada caricatura de la auténtica experiencia cristiana.

6.6. *La afirmación voluntarista*

La conciencia, más o menos explícita, de que las metas a las que llegue el hombre son conquista propia, subyace a la mentalidad ambiental. Puede inficionar nuestra experiencia de fe. Tal actitud, «lejos de favorecer el encuentro con Dios, lo imposibilita. Dios es Misterio absoluto. En cuanto desaparece el Misterio, desaparece Dios» (M. Gelabert). La pretensión de Prometeo al robar fuego del cielo no nos es ajena. Sigue siendo un obstáculo real para recibir la gracia de Dios. Para que Él se nos entregue es buena nuestra voluntad; es contraindicado el voluntarismo. Agarrota las fuentes de la afectividad, sin la cual la fidelidad pretendida por el voluntarismo corre el riesgo de convertirse en un frío y extenuante ejercicio. La experiencia religiosa de muchos creyentes sinceros necesita ser regada por una «espontaneidad del Espíritu» que les haga saborear a Aquél en quien creemos.

V.- HACIA UNA EXPERIENCIA CRISTIANA RENOVADA

Partimos de una firme convicción: sólo el Espíritu Santo aviva y aquilata la experiencia de la fe. Los esfuerzos humanos más ingeniosos y acendrados son incapaces por sí solos de generar una sola brizna de este don de Dios. Pero podemos y debemos colaborar con el Espíritu en este empeño tan decisivo para la vitalidad de la fe en nuestra Iglesia.

1. Una llamada para toda la Iglesia

Para avivar la experiencia de su fe, la Iglesia ha de afrontar noblemente la situación real en la que se encuentra la sociedad y la misma comunidad. El fenómeno del oscurecimiento de Dios en el horizonte de nuestro mundo europeo es preocupante e incluso tentador. Pero encierra dentro de sí una llamada del Señor a la Iglesia, que ésta no puede eludir. En circunstancias inhóspitas, estamos llamados a enriquecer y purificar nuestra experiencia creyente, mediante el cultivo de una espiritualidad adaptada a la situación.

La coyuntura presente nos invita a cultivar la espiritualidad de la *confianza*, no la del *optimismo*. En conjunto la radiografía del presente y las perspectivas del futuro no invitan al optimismo. No tenemos ninguna garantía, nacida de nuestra fe, para afirmar que las cosas «irán mejor» dentro de 25 ó 40 años. Sí tenemos motivos para ahondar nuestra confianza en la indestructible voluntad salvadora de Dios y para declinar en sus manos, venciendo todos los miedos, la manera como Dios ejerce y ejercerá su voluntad salvadora.

A través de las actuales circunstancias culturales y sociales Dios está postulando de su Iglesia una espiritualidad de la *fidelidad* y no del *éxito*. En tiempos no tan lejanos veíamos cómo «las piedras se convertían en hijos de Abrahán». Hoy contemplamos cómo muchos hijos de Abrahán parecen convertirse en piedras. Jesús no fue ajeno a esta prueba. «Aprendió fidelidad» (Hb 5,8). Comprendió cada vez con mayor claridad que el Padre le pedía fidelidad, no éxito inmediato. «El éxito no es uno de los nombres de Dios» (M. Buber).

La espiritualidad correspondiente a nuestro tiempo será la del *servicio oscuro*, despojado de la relevancia y el poder de otras épocas, no siempre bien entendido y con frecuencia poco «eficaz» para promover el encuentro de la gente con Dios.

Somos llamados a vivir una espiritualidad *humilde, pero no culpabilista*. No atribuyamos a nuestros pecados todas las dificultades y resistencias que la sociedad ofrece a la fe. Muchas de ellas tienen raíces culturales que no dependen de nosotros. Asumimos nuestra responsabilidad pasada y presente con la humildad de quienes saben reconocer y corregirse y con la paz de quienes saben que el protagonista de la historia es el Dios del Amor.

En una época en la que lo mucho que hay por hacer y la conciencia de no saber hacerlo bien suele fácilmente ponernos nerviosos, habremos de poner en práctica la espiritualidad del *hacer sosegado*. A Jesús la pasión por evangelizar no le deja sestear, pero tampoco le quita el sosiego. No vive devorado por la fiebre de curar a todos los enfermos, de saciar a todos los hambrientos, de liberar a todos los esclavos, de atraer a todos los descarriados. No tuvo la pretensión de hacerlo todo. Realizó acciones significativas del Reino que inauguraba. Busquemos la calidad de nuestra acción por encima de la cantidad.

En una fase de la historia en la que la intemperie exterior puede contribuir a la lenta formación de un desierto interior en muchos creyentes, la *compañía de la Iglesia* a los creyentes, la creación de comunidades con relaciones fraternas, la cercanía familiar de los responsables, la creación de espacios eclesiales sanos, «ecológicos», en el mundo pueden constituir otras tantas actitudes de nuestra espiritualidad.

En un tiempo en el que la exterioridad predomina tan poderosamente nos será necesaria una espiritualidad de la *interioridad* que, sin llegar a ser intimista, cultive los espacios interiores de la persona y los sane de las heridas recibidas.

La pregunta acerca de lo que Dios quiere decirnos en esta crisis es ineludible. Después de haber intentado responder a ella podemos ocuparnos de otras: cómo cultivar la experiencia cristiana en los cristianos motivados; cómo avivarla en los creyentes distraídos; como ofrecerla a los increyentes animados de profundas inquietudes humanas.

2. Pautas generales del Concilio Vaticano II

Analistas cualificados del Concilio destacan las opciones que los Padres Conciliares adoptaron al exponer el mensaje cristiano a toda la Iglesia y al ofrecerlo a la sociedad.

El Concilio prefiere, en primer lugar, el lenguaje de la *experiencia de la fe* y del *diálogo* con creyentes e increyentes; ha preferido la actitud comprensiva y pastoral al rigorismo exigente y a las condenaciones. Esta opción trasparece en varias constituciones conciliares. De manera todavía más explícita en el «Mensaje de los Padres del Concilio a todos los hombres».

Sin orillar el razonamiento riguroso, el Concilio opta asimismo por un lenguaje de clara resonancia *simbólica y testimonial*. En virtud de la opción por lo simbólico se propone presentar la realidad del hombre y del mundo como señal que rememora y anticipa la plenitud de Dios. Asimismo, el misterio de la Iglesia es presentado a partir de y en torno a los grandes símbolos bíblicos (pueblo de Dios, cuerpo de Cristo, templo del Espíritu...). La opción testimonial confiere, por su lado, un estilo confesante a su mismo lenguaje: «Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos da al hombre luz y fuerzas por su Espíritu pa-

ra que pueda responder a su máxima vocación; y que no ha sido dado a los hombres bajo el cielo ningún otro nombre en virtud del cual hayan de salvarse. Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se encuentra en su Señor y Maestro... que es el mismo ayer hoy y siempre» (*Gaudium et spes*, n. 10).

El Concilio ha preferido el lenguaje de la convicción al de la presentación polémica. Nos invita a contemplar el Misterio, más que a analizarlo racionalmente (*Sacrosanctum Concilium*). Nos induce a agradecer los dones de Dios y a hacerlos llegar hasta los últimos (*Ad gentes*).

La Asamblea conciliar ha optado por una *propuesta* límpida, pero *amable* del mensaje cristiano al mundo y ha eludido cualquier apariencia de imposición y cualquier viso de una actitud básicamente recelosa o negativa ante él.

Estas opciones conciliares son pautas sumamente luminosas para orientar la pedagogía de la Iglesia al suscitar la fe.

3. Cómo cultivar la experiencia cristiana en creyentes motivados

3.1. Valorándola en su integridad

Muchos cristianos subestiman la espiritualidad en aras de un compromiso de servicio que constituiría lo verdaderamente valioso y decisivo de la experiencia cristiana. Para ellos «creer es simplemente comprometerse». Otros conciben la experiencia cristiana como una íntima unión «con Dios solo» y llegan a identificar plenamente experiencia y oración. El compromiso de amor servicial a la Comunidad y a los pobres serían, a lo sumo, consecuencia y exigencia de la experiencia cristiana, no un componente de la misma. Es preciso deshacer este equívoco. «El problema de una espiritualidad cristiana... estará por una parte en mantener que sólo Dios es Dios... y por otra que Dios nos ha encomendado el mundo... y se ha querido hacer presente en el rostro de los hermanos» (J. Martín Velasco).

3.2. Aprendiendo y enseñando a orar

Si la oración es lugar privilegiado e ineludible de la experiencia cristiana no parecen en absoluto coherentes las graves deficiencias que observamos en su ejercicio. La gran carencia de una inmensa muchedumbre de católicos consiste en que, tras decenios y decenios de participar en la Eucaristía dominical e incluso de vivir un compromiso eclesial, apenas conocen más que «la oración de emergencia» de momentos especiales y la oración vocal heredada, ambas preciosas, pero claramente insuficientes. Aprender a orar es una verdadera urgencia. No basta remachar la necesidad de la oración. Es preciso iniciar a ella. Los grupos orantes y las escuelas de auténtica oración cristiana deben multiplicarse entre nosotros. Enseñar a orar es responsabilidad de todos los que hemos recibido la gracia de haber aprendido este saludable ejercicio. Conocer las fuentes,

los motivos, los efectos, las fases, las tentaciones, las arideces y los consuelos de la oración ha de pertenecer al patrimonio común de todos los cristianos.

La iniciación a la liturgia, que actualiza el misterio central de nuestra fe, es asimismo una verdadera escuela de oración. La Palabra bien proclamada, los gestos realizados con sencillez y verdad, la inmersión de nuestro «yo» creyente en el «nosotros» de la comunidad reunida, el canto bien escogido que aglutina y despierta registros de nuestra sensibilidad están llamados a visibilizar la presencia activa del Espíritu en el encuentro y a ser poderosos educadores de la actitud orante de los creyentes.

3.3. Preparando y purificando el corazón

La presencia real de Dios en nosotros y en nuestro mundo no es consentida y ni siquiera reconocida cuando no nos afanamos en desasirnos de proyectos, deseos, temores, pasiones, comportamientos que constituyen pequeños y ridículos absolutos para nuestro corazón. Es necesaria una vigilante sobriedad para «tener la casa en orden» aunque éste será siempre relativo.

La presencia de Dios está reclamando asimismo un estilo de relación con las personas que no esté marcada ni por el afán de dominar, ni por el deseo de seducir, ni por la cautela desconfiada, ni por el complejo de superioridad, ni por la frialdad, ni por la doblez ni por el utilitarismo, sino que esté impregnada de un estilo sincero, generoso, humilde, cálido, confiado y gratuito. Aquellas actitudes crean una niebla espesa que vela a Dios impidiéndonos descubrirla en el rostro de los hermanos. Éstas, en cambio, nos disponen a entreverlo en el corazón mismo de nuestras relaciones.

El equilibrio entre interioridad y exterioridad es otra condición favorable a la experiencia de Dios. La vida moderna nos empuja muchas veces a la ruptura de este equilibrio. Suscita la ambición por abarcar mucho y «llegar a todo». Impone a nuestra vida un ritmo apresurado que genera insatisfacción por lo que hemos hecho a medias y ansiedad por lo que aún queda por hacer. En estas circunstancias, «Dios está cerca, pero nosotros estamos lejos». Es mejor hacer menos con mayor sosiego. Pero también puede alterarse el equilibrio desde el polo de la interioridad. La vida exterior ayuda a la interior a huir de la hipersensibilidad, que bloquea a tantas personas, y a evitar la tendencia a convertir nuestros «problemillas» en «problemazos».

3.4. La lectura de los grandes testigos

Pocas cosas encienden más nuestro anhelo de ensanchar y profundizar el deseo de Dios que la lectura de las «confesiones» de grandes testigos de nuestra fe. Contemplar en ellos la progresiva revelación de Dios, la acogida y las resistencias que despierta en el creyente, el gozo que aporta y la oscuridad afligida que comporta reanima en nosotros las más nobles aspiraciones cristianas. Reconocemos en estos itinerarios, a una escala mucho más elevada, lo que barruntamos en los nuestros. Nos sentimos como pajarillos que nos atrevemos a volar

al contemplar el vuelo de estas águilas. Los testimonios de Agustín, Francisco de Asís, Ignacio de Loyola, Teresa de Ávila y Juan de la Cruz, y los más recientes de Bonhoeffer, Isabel de la Trinidad, Edith Stein, Juan XXIII y otros muchos enardecen serenamente el corazón, liberando en él sus energías más profundas. Estamos hechos para encontrarnos con Dios, «diseñados para el diálogo con Él» (H. U. von Balthasar).

4. Cómo despertar a los cristianos de fe debilitada

4.1. *Dar nombre a determinadas experiencias de su vida*

Hemos aludido ya a tales experiencias, ligadas a su vida personal, familiar, social y eclesial. Hechos ordinarios o extraordinarios llevan a estos creyentes de fe descuidada a un estado próximo al encuentro vivo con el Dios vivo. Aceptar la gestación de un hijo deficiente, renunciar a una ganancia fácil pero inmoral, dar la razón a quien la tiene afrontando consecuencias negativas para nuestro futuro, son situaciones en las que Dios «les visita». Estas personas no suelen tener generalmente recursos interiores para interpretar lo que sienten ni para identificar lo que les sucede como una llamada del Señor. Una atenta mirada pastoral o apostólica nos ayuda a detectar tales situaciones y nos conduce a estar próximos a estas personas y a ayudarles a realizar una adecuada lectura creyente de lo que están viviendo.

4.2. *Una pastoral en clave de iniciación*

No se aprende la experiencia religiosa como se aprende el inglés o la natación. Necesitamos un proceso de iniciación. El iniciador es aquél que nos ayuda a que emerja a nuestra conciencia viva aquello que ya existe en nosotros. En el caso de la experiencia religiosa favorece nuestra apertura a la presencia originante del Misterio de Dios en nosotros y en nuestro mundo. El iniciador riega nuestro espíritu con un agua exterior que confluye con el pozo interior producido en nosotros por el manantial de Dios vivo. Ofrece un servicio para que la persona y Dios puedan encontrarse de manera más directa, disipando imágenes deformadas de Él que se interponen a este encuentro. Colabora con el Espíritu Santo para que el creyente se encuentre mano a mano con Jesucristo en la ardiente oscuridad de la fe bajo la lámpara de la Palabra de Dios. Aconseja el cultivo de las actitudes apropiadas y la ruptura con formas de vida inconvenientes.

Sólo el iniciado puede iniciar. Necesita además para hacerlo una determinada pedagogía. No se puede iniciar en masa. Este delicado proceso está reclamando una atención individual y personalizada. ¿No estaremos descuidándola en favor de otras tareas tal vez más urgentes pero menos necesarias? Dejar lo necesario por lo urgente es una tentación bien conocida por la pastoral. La atención individualizada reclama de nosotros no sólo dedicación de tiempo, sino también una mayor implicación personal. Nadie promueve la conversión de los demás sin exponer su propio corazón.

4.3. La ruptura con formas de vida incoherentes con la fe

Hemos anotado que las dificultades para un encuentro vivo con el Señor nacen frecuentemente de una forma de vivir dispersa, superficial, hiperactiva y del círculo espeso de nuestras pasiones que ciegan los ojos y embotan la sensibilidad. Ciertamente Jesucristo, que busca incansablemente al hombre, traspasa en ocasiones este círculo y lo horada lentamente o lo taladra «con estrépito». Pero ordinariamente es preciso, que movido por la gracia, sea el hombre mismo quien previamente rompa con estas maneras de vivir inapropiadas. Para *ver a Dios* hace falta un *corazón limpio* (Mt 5,8). Es preciso atreverse a romper con las ataduras al pecado que nos envuelve y esclaviza. Hace falta coraje para esta ruptura. Las «gratificaciones secundarias» que obtenemos de nuestras esclavitudes pecaminosas y la escasa reciedumbre –enfermedad de nuestro tiempo– para asumir decisiones drásticas retardan «sine die» la conversión. Un sordo malestar, cuajado de insatisfacción y de oscuro sentimiento de culpabilidad acompaña con frecuencia estas vidas. No es difícil detectar en el interior mismo de este malestar una llamada del Señor. No sería pequeño servicio el ayudar a los cristianos interpretarlo de esta manera.

4.4. El servicio a los excluidos

Los pobres, los enfermos, los sufrientes son *presencia latente del Señor crucificado* (J.-M. R. Tillard). En consecuencia, antes todavía de ser destinatario de nuestra entrega servicial, son objeto de nuestra mirada de fe. Iluminada por la palabra de Dios nuestra fe descubre en ellos al mismo Jesús hambriento, sediento, desnudo, enfermo, encarcelado (cfr. Mt 25,34 ss). Dios Padre, que siente debilidad por sus hijos débiles nos ha hecho responsables de su suerte. El teólogo J. Moltmann nos advierte el llamativo parentesco de estructura existente entre dos frases de Jesús. Una de ellas dice: «Quien a vosotros (los apóstoles) acoge, a mí me acoge» (Mt 10,40). La otra: «Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,40). He aquí dos señas de identidad inexcusables para los seguidores del Señor.

Si la gente marginada de la mesa de la salud y de los bienes materiales y sociales es presencia privilegiada del Señor, aproximarnos, servirlos, sintonizar con ellos ejerciendo la misericordia y la justicia tiene que ponernos especialmente «al alcance» del Dios de Jesús. Para personas que se han enfriado en la fe, uno de los caminos más indicados para recuperar su vigor estriba en implicarse en este noble servicio. No se sienten con arrestos espirituales para comprometerse en tareas evangelizadoras o litúrgicas. Pero aceptan enrolarse en servicios eclesiales o cívicos destinados a los necesitados (p. e., a los inmigrantes). La pedagogía pastoral habría de consistir en ayudarles a descubrir todo el sentido que, desde la fe, tiene su compromiso. La experiencia muestra que frecuentemente la fe reflorece en los cristianos que se implican en estos menesteres. Cuando este compromiso se vive codo a codo con otros cristianos más motivados en su fe, la influencia que sobre ella ejerce este compromiso se vuelve más intensa. Bastantes bautizados han reforzado por este camino una fe que iba debilitándose paso a paso.

4.5. *Asumir y purificar la piedad popular*

Con todas sus insuficiencias y ambigüedades, la piedad popular es un sedimento muy rico de experiencia religiosa. Santuarios, cofradías, peregrinaciones, novenas, movilizan la afectividad, suscitan generosidad y sacrificio y mantienen vinculada a la comunidad de fe a una muchedumbre bastante desenganchada de otros compromisos más centrales como la habitual participación en la Eucaristía dominical. Las formulaciones de la fe subyacentes a algunas de estas devociones populares no guardan el equilibrio requerido. Con frecuencia el sentimiento religioso que despiertan no se traduce en una conducta coherente con el Evangelio. El riesgo de sustraerse al discernimiento eclesial e incluso el de ir convirtiéndose en fenómenos culturales cada vez más pobres en sustancia religiosa no es imaginario.

No podemos menospreciar por impuras y desviadas estas manifestaciones, que contienen un trasfondo de fe. Acogerlas significa reconocer sus valores, respetar su espacio de autonomía dentro de la comunidad cristiana, mantener un contacto habitual con estos grupos cristianos y sus líderes. La fe es un árbol que habitualmente se asienta y crece mejor en un solar provisto de las sales de la religiosidad que en la tierra empobrecida de una indiferencia religiosa casi total.

No podemos tampoco condescender permisivamente con todas sus expresiones y actividades. Necesitan recibir de la comunidad eclesial un discernimiento paciente y comprensivo, pero real, neto y firme. Y, sobre todo, es preciso que intentemos una educación en la fe que, partiendo de lo que viven les conduzca hacia lo que todavía no han descubierto. La fe purificada que de ella derive mantendrá ese sabor a experiencia tan importante para afrontar la intemperie religiosa de nuestro mundo.

5. *Cómo despertar esta experiencia en increíentes noblemente inquietos*

5.1. *En el corazón de las experiencias humanas fundamentales*

«La experiencia religiosa se da en la experiencia global del ser humano. Cabe distinguirlas, pero no separarlas» (P. Tillich). El cristianismo es una interpretación creyente de la realidad y de la historia.

La experiencia humana en general y la experiencia religiosa no son dos mundos aparte. La buena pedagogía reclama que, reconociendo siempre que Dios puede revelarse libremente a través de caminos no programados e imprevistos, tomemos pie en la experiencia humana que los increíentes comparten con nosotros y estemos prestos a leer con ellos no sólo qué contiene, sino también hacia Quién apunta.

Muchos componentes de esta experiencia apuntan hacia el Misterio y el Absoluto que los cristianos identificamos con el Dios revelado en Jesucristo.

Nuestro mismo conocer que va describiendo y explicando las cosas se encuentra con que no puede comprenderlas al toparse con cuestiones como ésta: «¿Por qué existe cuanto existe?». El contraste entre nuestro deseo ilimitado y nuestra capacidad limitada nos hace preguntarnos cuál es el significado de tal deseo. Captar la belleza produce en nosotros una emoción estremecida, semejante a la actitud sobrecogida ante el Misterio. Cuando no estamos requeridos por las urgencias del momento nuestra misma existencia personal se nos vuelve inexplicable: «¿Por qué existo yo? ¿Para qué existo?». En nuestras relaciones personales profundas (amor, amistad, etc.) late la pregunta por el fundamento que da consistencia a tales relaciones. La manera absoluta e ineludible como se nos impone nuestra responsabilidad ante la persona del otro nos interroga acerca de la raíz última de esta vinculación moral inexcusable. El deseo radical de felicidad, la necesidad de que nuestra vida tenga un sentido y el ansia indestructible de «no perder nuestra vida», de no malograrla, sino «lograrla», alertan nuestro espíritu y le orientan siquiera interrogativamente en una dirección abierta al misterio de Dios.

5.2. El testimonio

La doctrina se transmite por la enseñanza. El comportamiento moral se transmite a través del ejemplo. La experiencia de fe se transmite especialmente por la vía del testimonio. Por esto, «*la sangre de los mártires* (supremos testigos) *es semilla de* (nuevos) *cristianos*» (Tertuliano).

¿Dónde radica la fuerza especial del testimonio de nuestra fe? No en la solidez y firmeza del testigo. Ésta es una criatura frágil, en la que resplandece la fuerza de Dios. El vigor de su testimonio consiste en que el testigo compromete su persona misma y la ofrece como garantía de su fidelidad a la Persona de la que da testimonio. En el acto mismo de testificar reconoce a Dios como Dios y a Cristo como Señor, se retrata como alguien que ha renunciado a girar en torno a sí mismo y ha puesto el centro de gravedad de su existencia en Dios y en su Cristo. Por este motivo ninguna otra realidad humana puede reflejar tan persuasivamente al Dios de Jesús como máximo valor de la vida humana.

El testigo individual tiene su eminente dignidad y su función irremplazable en la relación entre personas. Pero el sujeto propio del testimonio público es la comunidad. Cuando una comunidad reconoce a Jesucristo como su único Señor, ora con perseverancia, vive fraternalmente cuidando de manera especial a sus miembros débiles, practica el servicio al entorno en el que está inscrita y anuncia su fe sin complejos, planta en medio de la sociedad un reclamo interpe-lador. Se convierte en *comunidad de contraste* (G. Lohfink) que genera una sana extrañeza en los espíritus más sensibles. Se torna «comunidad alternativa» que muestra, a escala menor, que es posible vivir de otra manera en sociedad. Es, por ello, profética en el doble sentido de la expresión: denuncia las inhumanidades del mundo y anuncia un mundo nuevo, diferente, mejor, más humano y más conforme al corazón de Dios. La comunidad se torna signo del Reino.

Sin embargo resulta decepcionante que estos signos muevan, por lo general, tan poco a nuestros contemporáneos. Llegan a admirar determinadas comunidades menores e incluso algunos comportamientos de las comunidades mayores, pero no se sienten existencialmente interpelados en su posición cerrada e indiferente ante la fe. Sólo los signos de excepcional calidad (p. e., Teresa de Calcuta y sus hijas) parecerían conservar su capacidad removedora. ¿Deficiencias del signo? ¿Contrasignos que neutralizan los signos? Confesamos sencillamente que existe algo de esto. Pero no olvidemos que Jesús fue un Signo puro que tampoco suscitó en su vida pública adhesiones generales ni duraderas. La principal dificultad está en que los ojos de muchos están oscurecidos por las condiciones culturales y sociales. El signo exterior mueve a conversión cuando la onda que emite sintoniza con la onda interior del sujeto, nacida de la presencia de Dios en él. Hoy la recepción de la onda exterior está bloqueada por las circunstancias antedichas. Dios «se somete» al silencio que le imponen tales circunstancias. La hora presente es, en este aspecto, oscura. No sabemos cuánto durará. Pero Dios está ahí y, sin forzar la libertad, emerge por las grietas de esta situación cuando quiere y como quiere. Mientras tanto, un grupo numeroso de creyentes «rezan, actúan con justicia, ponen en práctica el amor y esperan al Reino de Dios» (D. Bonhoeffer).

5.3. *Querer que Dios exista*

No es infrecuente encontrarse con increyentes que desearían que Dios existiera. Por una parte no pueden creer y por otra no se les hace cómoda su increencia. Alimentar este deseo en un diálogo cercano y respetuoso es contribuir a poner en marcha un itinerario que puede conducir a Dios. «Sólo el que necesita a Dios y, por tanto, lo desea y lo ama, puede descubrirlo. Para conocerlo hay que empezar por anhelarlo, por tener hambre y sed de Él. Sólo quien busca con pasión infinita lo encontrará». «Crear en Dios es querer que Dios exista, no poder vivir sin Él» (M. Gelabert). Pocas cosas alegran más íntimamente un corazón creyente que el haber sido testigo cercano y modesto partícipe de un itinerario personal que va de la niebla densa de la increencia a la luminosidad oscura de la fe en Jesucristo nuestro Señor.

CONCLUSIÓN

Renovar nuestra experiencia creyente es no sólo el específico objetivo de esta Carta, sino la meta de la Cuaresma y de toda la vida cristiana. Esperamos que el presente texto pueda aportaros en este cometido un rayo de luz y una brizna de estímulo. La Cuaresma es un tiempo especialmente propicio para progresar por esta ruta. La escucha intensiva de la Palabra de Dios, la redoblada oración individual y comunitaria, la frecuente celebración de la Eucaristía especialmente orientada durante éste tiempo litúrgico a la conversión y a la renovación de la gracia bautismal, la aproximación arrepentida y confiada al sacramento del Perdón, recibido en las condiciones requeridas por la Iglesia, el generoso desprendimiento de nuestros bienes y la sobriedad propia de un tiempo penitencial, irán curando nuestras heridas, reparando nuestras fuerzas, aguzando nuestra sensibilidad creyente, purificando nuestras inclinaciones pecadoras y disponiéndonos así para celebrar el Misterio Pascual con una fe despierta, con una esperanza rejuvenecida y con un amor ardiente. María que en la experiencia humana de su maternidad «avanzó en la peregrinación de la fe» (*Lumen gentium*, n. 58), abriéndose en plenitud creciente al Misterio de su Hijo, será en el camino guía y aliento incomparable para la maduración de nuestra fe. Que ella nos alcance de su Hijo «una fe llena de alegría y de paz» (Rm 15,13).

Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria
5 de marzo de 2003
Miércoles de Ceniza

- ✠ **Fernando**, Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela
- ✠ **Ricardo**, Obispo de Bilbao
- ✠ **Juan María**, Obispo de San Sebastián
- ✠ **Miguel**, Obispo de Vitoria
- ✠ **Carmelo**, Obispo Auxiliar de Bilbao